

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ESPADA Y EL LAUD,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

21

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sucho.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empena un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El bongo y el mirinaquo
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inscparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las floresi de Don Juan.
Las aparencias.
Las guceas civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduguesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (aleg)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Lineven hijos.
Las dos madres.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Ni oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA ESPADA Y EL LAUD.

LA ESPADA Y EL LAUD,

DRAMA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

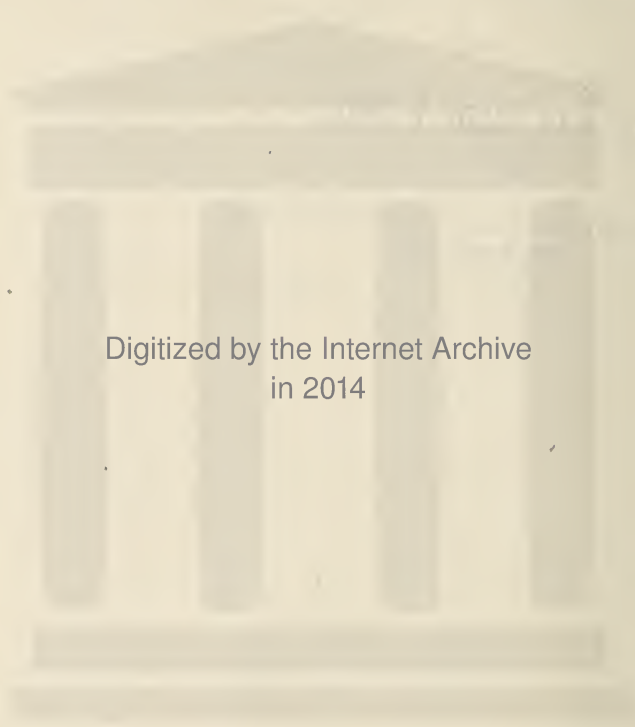
D. JUAN PALOU Y COLL.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el día
25 de Enero de 1865.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

Digitized by the Internet Archive
in 2014



Digitized by the Internet Archive
in 2014

AL SR. D. ANTONIO COLL Y MUNTANER.

Llevando el nombre de V. que amparó mi orfandad, de V. á quien tanto debo, este drama será siempre por mí la más respetada y querida de mis producciones.

Acéptelo V. como un público testimonio de gratitud y del profundo cariño de su sobrino, de su hijo adoptivo

Juan Dalou y Coll.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.

ACTORES.

D. ^a TERESA.....	D. ^a MATILDE DIEZ
D. ^a BEATRIZ.....	D. ^a ADELAIDA ALVAREZ.
D. ^a VIOLANTE.	D. ^a EMILIA SANZ.
LUIS DE BEAMONTE, paje.....	D. ^a TRINIDAD SABATER.
AUSÍAS MARCH (1)....	D. MANUEL CATALINA.
RODRIGO DE REBOLLE- DO.....	D. ANTONIO PIZARROSO.
D. MARTIN DE NAVAR- RA.....	D. JUAN CATALINA.
FORTUNY.	D. MIGUEL IBAÑEZ.
PEDRO DE PERALTA, capitan.	D. EMILIO VILLALBA.
GARCÉS, ventero.....	D. MANUEL L. ESTESO.
UN CAPITAN.....	D. PASCUAL DALI.
Pajes, criados, soldados.	

La escena en Aragon, año 1445.

(1) Debe pronunciarse Marc.

La derecha y la izquierda de las acotaciones
están tomadas del lado del actor.

ACTO PRIMERO.

Interior de una venta con puertas á los lados y la entrada en el foro que da al patio. La tarde declina.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ y FORTUNY.

FORT. ¿Aprobais mi plan, señora?

BEATRIZ. Tanto insistes, que lo apruebo.

FORT. Estais cansada, y debeis recobraros. Partirémos en cuanto amanezca... digo, si no resolveis volveros á Tortosa.

BEATRIZ. ¿Eso imaginas? Sobrado, Fortuny, contengo mi impaciencia con quedarme aquí esta noche; mas luego que esclarezca... á Zaragoza, á Zaragoza.

FORT. ¿No hay medio de que desistais?

BEATRIZ. ¿Quién? ¿yo?...
¿Desistir yo de mi empeño!
Un año cumple que abriga una esperanza mi pecho, la sola que cabe en él...

- FORT. La de vengaros.
- BEATRIZ. Es cierto.
- FORT. ¿Cómo es posible, Beatriz, que aplauda vuestro proyecto?
- BEATRIZ. ¿Deseas que lo abandone, tras tantos padecimientos, hoy que puedo realizarlo? Además, Fortuny, sospecho, estoy cierta que esa dama que ha pedido en casamiento don Martin, doña Teresa adora en mi hermano, y debo, al par que vengar mi oprobio, proteger su amante anhelo.
- FORT. ¿No basto yo solo?...
- BEATRIZ. No.
- FORT. Volvámonos al convento de Tortosa.
- BEATRIZ. ¡Al fin te cansa servirme!
- FORT. ¡Que digais eso!
- BEATRIZ. No me abandones, Fortuny, mi constante compañero, el único confidente de mi pasión, de mis yerros, de mis penas.
- FORT. ¿No os he visto nacer? ¿Dudais de mi afecto?
- BEATRIZ. ¡Eso no!
- FORT. Veinte y tres años serví lealmente á don Pedro vuestro padre, que sin duda goza de Dios en el cielo. Desaparecisteis vos...
(Beatriz inclina la cabeza.)
Murió vuestra madre luego...
- BEATRIZ. ¡Oh! de pesar: mi extravío la mató! Prosigue: atiendo.
- FORT. Vuestro hermano, que en Italia, desde sus años más tiernos, verdes lauros recogía por su valor y su ingenio,

llega á Valencia; interroga,
amenaza, le refiero
vuestra huida, la noticia,
á que yo mismo dí crédito,
de vuestra muerte... Tomó
posesion de sus inmensos
bienes, y volvióse á Nápoles
desesperado, resuelto
á no tornar más á España.
En mi horrible desconsuelo
fuíme á Tortosa. Una tarde
me llaman al monasterio,
que un dia, en tiempos remotos,
dotaron vuestros abuelos.
El misterio que os envuelve
me referis, y el proyecto
de vengaros del infame,
de ese don Martin, que pérfido
os burló y abandonó
á vuestros remordimientos.

—»Síguele, Fortuny, dijisteis,
sin tregua: como un espectro
pisa la sombra que dé,
ábrele sus pensamientos,
y mísero de él si un dia
vengar su perfidia puedo.»—

BEATRIZ. El dia ha llegado. Escucha.
¿Piensas que ya encontraremos
á mi hermano en Zaragoza?

FORT. Espacio ha tenido al menos
para venirse de Italia.
Vos le escribisteis, y es cierto
que recibió vuestra carta
misteriosa.

BEATRIZ. ¿No hay recelo
de que me conozca al verme
mi hermano?

FORT. Hace tanto tiempo
que os vió la postrera vez,
y erais tan niña... No creo
que os conozca. Sin embargo,
corre vuestra vida riesgo

si os reconoce, y es fuerza
hablarle á través del velo.

BEATRIZ. ¡Silencio!

ESCENA II.

DICHOS.—GARCÉS por la derecha.

GARC. Ya estan los cuartos
acondicionados.

FORT. Bueno.

GARC. Corriente.

FORT. ¿Distamos mucho
de Zaragoza?

GARC. Buen trecho:
dos leguas malas de andar.
(Estos huelen á misterio.)
¿Bajan de Pamplona?

BEATRIZ. ¿Á qué
lo preguntais, posadero?

GARC. Vais á ver. Unos hidalgos,
que aun andan por esos cerros
cazando, aquí se pararon
esta mañana, y dijeron
que la más alta grandeza
de Pamplona va viniendo
á la córte á presenciar
el próximo casamiento
de don Martin de Navarra
con la hija del camarero
mayor del Rey, del muy noble
Rodrigo de Rebolledo.

FORT. Hija, vete á descansar.

BEATRIZ. Enterado os considero...

GARC. Figuraos que conozco
á la novia, al novio, al suegro;
que de esos amores sé
la historia hasta por los dedos,
y que algo se ha de pegar
de ese enlace á mi colete
el dia que á Zaragoza
yo y mi mujer lleguemos

á darles la norabuena
despues del cura y los deudos.

BEATRIZ. ¿Y no podeis explicarnos?...

GARC. ¡Mi amistad? ¡Vaya si puedo!

De los tercios de Navarra
siendo capitán... y bueno...
don Martín, reñí á su lado,
campos de Torija. ¡Cuerpo
de Cristo!...

(Enseña una cicatriz que tiene en la cara.)

Es de una lanzada

que al capitán dirigieron.
Tendido allí, desangrado
estábame yo muriendo,
y don Martín se burlaba
de mí, remedando el gesto
que me forzaba el dolor
á hacer, y que aun...

FORT. (¡Perverso!)

GARC. Si no acudo yo le matan.

Juntos despues en Olmedo
peleamos, y aquí principia
su amor...

BEATRIZ. ¿Pues qué hicisteis?...

GARC. Eso.

La noche de la batalla,
derrotados y dispersos
los infantes de Aragon,
Rodrigo de Rebolledo,
don Martín y yo corrimos
á Cuéllar; en un convento
entró Rebolledo, á poco
él y una dama salieron;
picamos hácia Tortosa,
y allí en otro monasterio
quedóse la dama, libre
del furor y los excesos
de las tropas de don Álvaro
de Luna, que, persiguiéndonos,
entraron Cuéllar á saco
tras la jornada de Olmedo.

BEATRIZ. Y aquella dama seria...

GARC. Doña Teresa: un lucero...
como usarced. No es extraño
que de amor quedase ciego
por la dama don Martin.
Lo raro fué el desconsuelo
que ella mostraba, alejándonos
de Cuéllar, como si dentro
del claustro doña Teresa
dejara... algo más que rezos. (Con recelo.)
¿Conoceis á las familias
de los novios?

FORT. No recuerdo...

BEATRIZ. (Vivamente.)

Nó; mas nos mueve á interés...

GARC. Ello es que los galanteos
de don Martin se estrellaban
en su corazon de hielo...
como en las tapias se estrellan
los abullidos de mi perro.
Pero al fin van á casarse.
¡Dios bendiga el casamiento...
tres veces!

BEATRIZ. Mal augurais...

GARC. ¡Ya vé usarced! En los tiempos
que andamos... Por otra parte,
de don Martin yo sé cierto
que han sido las mocedades
borrascosas. Un ejemplo:
Contábase últimamente,
y decian no era cuento,
que astuto galanteador,
y bajo un nombre supuesto,
á una dama enamoró
allá en Valencia, que luego,
con palabra de marido,
que en las obras debió serlo,
de la casa de sus padres
la robó, y despues...

MART. (Dentro.) ¡Ventero!

BEATRIZ. (¡Gran Dios!)

GARC. ¡Jesucristo!

BEATRIZ. (Á Fortuny, echándose el manto.)

¡Vamos!

FORT. ¿Qué!...

GARC. Que es don Martin, ó sueño,
y soy perdido si sabe
que os he contado... ese cuento.

BEATRIZ. Nada digais de nosotros.

GARC. (Haciendo el movimiento de cortarse la lengua.)
¡Si te cortan, muy bien hecho!
(Al entrar Beatriz y Fortuny en el cuarto de la derecha, aparece D. Martin por el foro y se detiene observándoles.)

ESCENA III.

GARCÉS.—D. MARTÍN.

MART. ¡Ventero!

GARC. ¡Voy!... ¡Don Martin!

MART. ¿Eres tú, Garcés?

GARC. ¡En cuerpo
y alma!

MART. ¿Qué mujer es esa?

GARC. ¿Quién? ¿la hija de ese viejo?
¿De dónde vienen? Lo ignoro.
¿Adónde van? Lo sé menos.
Sé el padre, ella tapada...
Huéspedes, mi pan ¡*Laus Deo!*

MART. ¿El ventero tú?

GARC. ¡Yo y todo
para servirlos!

MART. Me alegro
de hallarte en esta ocasion.
¿Y esta rapaza que veo
en el patio?

GARC. (Escamado.) Mi mujer.
¿La llamo?

RT. Llama: deseo
hablarla, que es, si las hay,
como un sol.

GARC. (Garcés, con tiento.
Voy á mandar que se ponga
maña.)

- MART. Escúchame primero.
¿Qué cuartos hay en la venta?
- GARC. Tres cómodos y dispuestos...
- MART. Guárdalos para unas damas...
- GARC. (¡Qué tal! ¡No lo dije? ¡Y eso que va á casarse!) Es decir que la posada despejo de curiosos...
- MART. Esta tarde aquí recibir espero á mi esposa.
- GARC. (¡Hombre!) ¿Será la que desde el monasterio de Cuéllar hasta Tortosa escoltamos? Lo celebro. Ya sé que andais por palacio, y que el Rey gusta teneros con él desde que heredasteis á vuestro hermano el intrépido señor de Agramont. (Aun piensa en mi mujer.)
- MART. (Examinando la habitacion.)
Con efecto.
- GARC. ¿Sabeis, señor, que aun me duele la herida?
- MART. ¿Cuál? ¡Ya recuerdo!...
Tú siempre el mismo
- GARC. Yo el mismo.
Ponedme á prueba.
- MART. Verémos.
- GARC. Sois jefe de la familia más rica y noble del reino de Navarra... (¡Ay! sayo mio, si yo de esta no te entierro con honras de mayordomo, digo que soy un mastuerzo.)
- MART. Garcés ¿qué voces son esas?
- GARC. ¡Calla! Y es verdad...
- MART. ¿Qué veo!
(Entran por el foro Rodrigo de Rebolledo, doña Teresa apoyada en el brazo de doña Violante, y aldeanos y criados que se retiran á una seña de Rebolledo.)

ESCENA IV.

MARTIN, GARCÉS.—RODRIGO DE REBOLLEDO, DOÑA TERESA
y DOÑA VIOLANTE.

- TERESA. (Con disgusto al ver á Martin.)
(¡Él aquí!)
- REBOLL. (Dándole la mano.) ¡Don Martin!
- VIOL. (Á Teresa.) Ven...
- MART. ¿Qué ha sucedido?
- VIOL. Arrimad
una silla.
(Martin y Garcés les ofrecen sillas.)
- MART. Descansad.
- REBOLL. ¿Te sientes mejor?
- TERESA. Muy bien.
- MART. Resistir ya no he podido
mi afán de veros más presto...
Perdonadme si por esto
al encuentro os he salido.
- REBOLL. Celebro vuestra venida.
- MART. (Á Teresa.)
Pálida estais.
- VIOL. Padre os cuente...
- MART. ¿Qué ha pasado?
- VIOL. Un incidente
que puso en riesgo su vida.
- GARC. ¿Mandais?
(Rebolledo mira á Teresa para que conteste.)
- TERESA. Nada.
- GARC. Es cosa poca.
- REBOLL. ¿Sois?
- GARC. El ventero. (¡Por Cristo
que es una perla!)
- REBOLL. Os he visto...
- GARC. En Cuéllar, no se equivoca.
¡Pues digo!... Á esa dama hermosa,
á don Martin y á usarcé
os serví y acompañé
desde Cuéllar á Tortosa.
(Rebolledo le da un bolsillo indicándole que calle y

se retire por el fondo.)

ESCENA V.

TERESA, VIOLANTE, REBOLLEDO y MARTIN.

MART. Si quereis que mi impaciencia
alivio tan grato alcance,
sepa yo de vos el lance
que amagó vuestra existencia.

TERESA. Apenas puedo yo misma
darme razon...

REBOLL. Al entrar
en el vecino encinar
que en mil escollos se abisma,
ruido de caza se oyó,
y de improviso un venado
mal herido y acosado
en la vereda saltó.
Tràs él, que su instinto fija,
los perros que le atropellan
saltan... y á los pies se estrellan
del caballo de mi hija;
porque el venado, al mirar
en la vereda más riesgo,
otra vez, torciendo el sesgo,
metióse en el encinar.
Revuélvese el tordo, y ciego
se escapa, cual si rajadas
le batieran las ijadas
dos acicates de fuego.
En vano—¡trance cruel!—
la pobre Teresa mia
serena lucha y portia
por detener al corcel.
Dándose miedo á sí mismo,
ya del camino desviado,
iba el bruto desbocado
á despeñarla á un abismo,
cuando un hombre—¡ay! en qué instante
tan oportuno te acorre!—
abiertos los brazos, corre

á ponérsele delante.
Le espera; al ir á pasar
por su lado un grito lanza;
como un tigre se abalanza
á pararle, y sin mirar
á la muerte que allí arrostra,
con sus brazos, por vencillo,
echa una argolla á su cuello...
y al fin á sus pies le postra.

VIOL. (Abrazándola.)

¡Teresa!

MART. ¿Y vos?

TERESA. Desmayada
me halló mi padre.

REBOLL. Á su lado
ví al tordillo arrodillado
con la cabeza asomada
á un precipicio, y noté
—explicármelo no puedo—
que el jóven, cuyo denuedo
poco antes mi asombro fué,
dando de temor indicio
tras el triunfo que alcanzaba,
trémulo y lloroso estaba
al borde del precipicio.

TERESA. ¡Padre!

REBOLL. ¿Qué quieres?

TERESA. (Besándole la mano.) ¡Ay! padre...

(Bajo, despues de mirar con recelo y aversion á
Martin.)

¿Me amais?

REBOLL. Modera... ese llanto...

y ven á mis brazos.

(La abraza, la deja sentada, y dice para sí:)

(¡Cuánto

te pareces á tu madre!)

—«Voy mi caballo á buscar,
socorred como reclama,
que luego os iré á encontrar.»—
En nuestros brazos dejó
á Teresa en su desmayo,

y rápido como el rayo
en la selva se ocultó.

MART. (¿Quién es ese hombre?)
VIOL. ¿Por qué,
pues tan obligado estais,
que le busquen no mandais?

REBOLL. Razon tienes: eso haré.

TERESA. (¡Cielo!)

REBOLL. Nó: mejor será
que yo le busque.

VIOL. Al instante,
porque me temo...

TERESA. (Á ella.) (¡Violante,
vendrá, no temas, vendrá!)

MART. Con vos iré.

REBOLL. Nó, por Dios.

MART. Tambien gratitud le debo.

REBOLL. Á dejarlas no me atrevo...
Quedad con las damas vos. (Váse.)

ESCENA VI.

TERESA, VIOLANTE y MARTIN.

MART. Por demás triste y sombría
me estais recibiendo. ¿Os pesa
que haya venido, Teresa,
aquí la impaciencia mia?...

TERESA. Yo...

MART. Con mi vida se muestra
mi amante estrella tan dura,
que aun le niega la ventura
de arriesgarse por la vuestra.

VIOL. ¡Bien se arriesgó ese mancebo!...

TERESA. ¡No pude soñar jamás
arrojo igual!

MART. Eso más
á mi negra suerte debo.
Buscando en vos, no os asombre,
amor que mi amor aliente,
observo que vuestra mente
llena el recuerdo de otro hombre.—

Perdonad.—Franco os confiesa
mi labio... que celos tuve.

Culpad, si indiscreto anduve,
vuestra hermosura, Teresa:
que es tal la que atesorais,
que al alma, de amores loca,
á tener celos provoca...
del aire que respirais.

Desde que alcancé yo á veros,
desde que pude admiraros,
mi delicia ha sido amaros,
y mi ambicion poseeros.

TERESA. (¡Infeliz de mí!)

MART. En Pamplona,
viendo la tristeza mia,
dijo el rey don Juan un dia:
«Tu pena me desazona;
dila, si calmarla puedo.
Tu corazon ¿qué desea?»
—«Haced que mi esposa sea
Teresa de Rebolledo.»—

VIOL. Va á serlo.

MART. ¡Con qué ansiedad
aguardo bien tan supremo!
Pero que le pesa temo...

VIOL. Llevamos luto.

MART. Es verdad.

TERESA. Del convento me sacó
mi padre, sin mi consejo;
y—entendedlo—de él me alejo
antes que deseara yo.
Que la que noble ha nacido,
y por fiel y honesta pasa,
no ha de llevar, cuando casa,
una lágrima al marido.

VIOL. Que recordeis es forzoso,
que en Italia, hace tres meses,
de la guerra en los reveses
murió su hermano, mi esposo;
y es muy justo que lloremos
como hermana y como esposa.

MART. Confieso, Violante hermosa,

que en hora fatal nos vemos.
Pero confesad tambien,
si es justa la pena suya,
que es justo que nadie arguya
de su tristeza... un desden.
Ciego, Teresa, os adoro;
pero á ser vuestro marido
se halla ya comprometido,
como mi amor, mi decoro.
Por belleza, condicion,
por la virtud que os abona,
os sonrie y ambiciona
la nobleza de Aragon.
Nadie mayor la acredita
que la que mi nombre ostenta:
y pues que mi amor alienta
vuestro padre, y solicita
nuestra union el soberano,
considerad, si no cedo,
cómo y á quién ceder puedo
vuestro amor y vuestra mano.

ESCENA VII.

DICHOS.—LUIS DE BEAMONTE por el fore.

- BEAM. Perdonad si os importuna
mi presencia.
MART. (Sin mirarle.) ¿Qué se ofrece?
TERESA. Lléguese el paje.
BEAM. (Que ha contestado á Martín con un movimiento al-
tivo, se adelanta.)

Parece
que me pone la fortuna
ante quien buscaba yo.
Mi dueño, señora mía,
maldice la montería
que vuestra vida amagó.
Y el perdon vengo á implorar
de vuestro pecho indulgente,
de ese atropello... que siente
no haber podido evitar.

TERESA. Llevádselo.

BEAM. No será
sin llevarle, no os asombre,
unido al perdon el nombre
de la hermosa que lo da.

TERESA. ¿El nombre? ¿Quién tanto ahora
en conocerla se afana,
quién?..

BEAM. El Príncipe de Viana
que os besa los pies, señora.
(Teresa y Viclante se levantan.)

VIOL. Lo supuse en cuanto oí
expresiones tan galantes.

BEAM. (Á Martin que le tiende la mano.)
Dispensad, Agramont, si antes
á vos no me dirigí.
Ante el vivo resplandor
que aquí la hermosura vierte,
procediera de igual suerte
el Príncipe mi señor.

TERESA. Pues tal honra le merezco,
paje, decid á su alteza,
que estimamos su fineza,
y su cuidado agradezco;
que es hija, la que ese afan
dió al Príncipe mi señor,
del camarero mayor
de su padre el rey don Juan.

BEAM. Obedeceros prometo.

TERESA. Y añadid que, si estuviera
mi padre aquí, con vos fuera
á rendirle su respeto.

MART. (Vivamente.)
¿Do está el Príncipe, Beamonte?

BEAM. Volviéndonos á palacio,
se detuvo un breve espacio
en la falda de ese monte.

MART. Por vuestro padre le iré
á ver.

BEAM. Con pesar se aleja
vuestro esclavo. (Váase con Martin.)

TERESA. ¡Al fin nos deja!

BEATRIZ. (Tapada á la puerta del cuarto, derecha, donde permanece.)
¡Gracias á Dios que se fué!

ESCENA VIII.

TERESA y VIOLANTE. — BEATRIZ.

VIOL. ¿Cómo!

BEATRIZ. Detrás de esta puerta
pude oír cuanto habeis dicho.

TERESA. Descubríos.

BEATRIZ. Sé que vais,
torciendo vuestro albedrío,
á casar con don Martin.

VIOL. ¿Contra su gusto?

TERESA. ¿Quién dijo?...

BEATRIZ. Y sé que ese hombre no puede...
no será vuestro marido.

TERESA. ¿Pues qué!...

BEATRIZ. Porque prometisteis,
poniendo á Dios por testigo,
eterno amor á quien puede
reclamar lo prometido.

TERESA. (Anhelante.)
¡Oh! puede?

BEATRIZ. Puede.—¿La oís? (Á Violante)

VIOL. ¿Olvidas el compromiso
con don Martin, de tu padre,
hasta del monarca mismo?

TERESA. ¡Y este amor será mi muerte,
si Dios no le presta auxilio!
Tú que el carácter conoces
severo, inflexible, altivo
de padre, me apoyarás.
—Proseguid —Secreto instinto
me atrae á vos.

BEATRIZ. Porque sois
desgraciada.

TERESA. ¡Oh! y lo he sido
siempre! ¡Yo no tengo madre!
¿Llorais? ¡Corazon benigno

teneis!—Mi padre, empeñado
en los trastornos continuos
de Castilla y Aragon,
casi siempre me ha tenido
separada de él, y á veces
hasta privada me he visto,
como en Cuéllar sucedió,
de usar mi ilustre apellido.
Mi único hermano, el esposo
de Violante... ¡Ay! era el ídolo
nuestro!

VIOL. (Llorando.) ¡Cálmate, Teresa!

TERESA. Ese pobre hermano mio
murió en Italia peleando
por el rey Alfonso quinto.
Hace tres meses. El dia
antes de morir—¡destino
implacable!—le salvó
la vida en otro peligro
un caballero español
que debeis haber oido
nombrar: Ausias March; el célebre
trovador...

ESCENA IX.

DICHAS.— GARCÉS por el foro con un papel en la mano.

GARC. En el camino
un mozo halló este papel
que será, segun indicios,
de usarcedes. Yo no leo.
(Lo que es este lo he leído.)

VIOL. Mostrad.

GARC. (Don Martin ya tiene
rival.)

VIOL. Despejad.

GARC. (Bien dijo
el otro, que las mujeres...
Nada bueno pronostico.) (Váse.)

ESCENA X.

TERESA, VIOLANTE y BEATRIZ á la derecha.

VIOL. ¿Es tuyo? (Le dá el papel.)

TERESA. Nó.

VIOL. ¿Viene?...

TERESA. Abierto,

y á nadie vá dirigido.

(Lee.) «El viernes santo un hidalgo iba á Nápoles á acompañar al Rey á la guerra. Entró en la iglesia del convento de Cuéllar, oró sobre la tumba de su madre, y al levantarse mostróle el sol poniente á su lado y á través de las rejas á una mujer que oraba. Se amaron, sin decirse sus nombres, que les convenía callar; pero á los pocos dias la dama desapareció en secreto del claustro, y el caballero fuése á Italia.—Si la amais aun, venid á Zaragoza, presentaos al rey don Juan... y sed discreto.»

BEATRIZ. ¡Mi carta!

TERESA. ¡La historia es esta de mi amor!

BEATRIZ. ¡Cielo benigno!

¿Será mi hermano, Ausias March quien la ha salvado?) Ese escrito ¿es del hombre que os salvó?...

TERESA. Cuando volaba á mi auxilio debió perderlo.

BEATRIZ. Y ese hombre es vuestro amante...

TERESA. ¡Oh! el mismo.

Llamado por esta carta que un ángel le ha dirigido, debió venirse de Italia en alas de su cariño.

Y yo le creia muerto.

Juzgad con que recocijo...

nó, nó... ¡con qué horrible miedo le miraba al cuello asido

de mi caballo!... ¡Ay! Violante,
no está herido... tú lo has dicho...

VIOL. Y vá á venir.

TERESA. ¡Corazon...
cálmate, corazon mio!

BEATRIZ. En el claustro de Tortosa
muchas veces habeis visto
á una dama consagrada
á la oracion y al retiro.

TERESA. En la aguda enfermedad
que, al considerar perdido
mi amor, contraje en Tortosa,
ella sola;—ángel bendito!—
me velaba...

BEATRIZ. Ella escribió
esa carta.

(Se descubre y Teresa la abraza.)

TERESA. ¡Inés! ¡Qué miro!...

BEATRIZ. Cuando os pidió en casamiento
don Martin, buscando alivio
á vuestras penas, la historia
de esos amores purísimos
me contasteis; y aunque vos
el nombre y el apellido
de vuestro amante ignorabais,
yo, por las señas é indicios
que de él me disteis, pensé
quien era, escribíle...

TERESA. ¡Y vino...
para salvarme la vida...
y el alma!

BEATRIZ. Á nadie, os suplico,
digais quien soy.

TERESA. En el claustro,
Inés vuestro nombre ha sido,
sois noble...

BEATRIZ. No reveleis
que en Tortosa me habeis visto,
llamadme... Inés... y admitidme
mañana en vuestro servicio.

TERESA. Como amiga, como hermana...

BEATRIZ. ¡Hermana!... Para esto mismo

tal vez reclamo esa gracia
de vos.

TERESA. ¿Cómo?

VIOL. Siento ruido.

(Van ella y Beatriz al foro á escuchar.)

BEATRIZ. Aun no viene.

VIOL. Mas ¿quién sois?

BEATRIZ. Si protege mis designios
el cielo, la Providencia
de vuestra casa.

TERESA. No insisto.

BEATRIZ. Hasta mañana en la córte.

TERESA. ¡Cielo!

VIOL. ¿Qué?

TERESA. ¿No habeis oido?...

BEATRIZ. Yo nada.

VIOL. Nada.

(Ella y Beatriz se asoman al foro.)

BEATRIZ. (¡Ausias es!)

(Mirando á Teresa.)

(¡Mucho le amas!)

TERESA. Yo vacilo.

(Entra Beatriz en el cuarto de la derecha, siéntanse
Teresa y Violante y vienen Rebollado y Ausias
March.)

ESCENA XI.

TERESA y VIOLANTE.—REBOLLEDO y AUSIAS MARCH.

REBOLL. Entrad: con justa inquietud
deben, hidalgo, aguardaros
mis hijas, para expresaros,
como yo, su gratitud.

AUSIAS. ¿Os sentis bien?

TERESA. Muy bien. ¡Oh!...
gracias!

VIOL. ¡Qué descolorido
estais!

TERESA. ¡Ah! ¿venis herido?

AUSIAS. ¿Herido, señora?... Nó.
Mas no extrañeis verme así...

Quero y no puedo dejar
de estremecerme... al pensar
en el peligro en que os ví.

TERESA. Vos cuyo valor da espanto,
¿os estremeceis ahora?

AUSIAS. Esto probará, señora,
que á menudo sirve tanto
ordenar la voluntad
al pecho, que se mitigue...
como al monte que se abrigue
de la ruda tempestad.

TERESA. ¡Cierto!

VIOL. Propicia la suerte
os fué, y es raro temblar
quien acaba de arrostrar,
para salvarla, la muerte
con heróica intrepidez.

AUSIAS. Y cien muertes arrostrara,
y os juro que no temblara,
para salvarla otra vez.

TERESA. Quien vuestra proeza ha hecho,
y en su recuerdo se inflama,
debe amar á alguna dama
que dé ese temple á su pecho.

AUSIAS. Amo.

TERESA. ¿Amáis?

AUSIAS. Nunca el vencido,
dice la opinion vulgar,
se complace en recordar
las batallas que ha perdido;
mas yo, á quien el amor nota
por su vencido incurable,
siento un deleite inefable
al recordar mi derrota.

VIOL. Tiene el Príncipe de Viana
de poetas inmortales
tres retratos con los cuales
su régia estancia eugalana,
y allí, como que él abarca
el Gay-saber, cuando trova
ante los genios se arroba
da Ausias March, Dante y Petrarca.

- Si observo vuestro semblante,
es porque—no lo extrañéis—
al Ausias os pareceis
de entre Petrarca y el Dante.
- AUSIAS. El Príncipe mi señor,
digno de inmortal corona,
pródigo así galardona
la amistad del trovador.
- REBOLL. De Alfonso quinto al servicio
guerrea Ausias March, iré
á Italia, y le pagaré,
como pueda, un beneficio.
- AUSIAS. ¿Vos?
- VIOL. Reciente.
- TERESA. Inmenso.
- AUSIAS. (¿Quién
es este hidalgo? Su porte...)
- REBOLL. ¿Vais?...
- AUSIAS. Á la córte.
- REBOLL. Á la córte
vamos nosotros tambien.
Ante el Rey llevaros puedo.
Si lo aceptais, como es ley,
hoy mismo os presenta al Rey
Rodrigo de Rebolledo.
- AUSIAS. (Con sorpresa y gozo.)
(¡Cielo!) En su augusto recinto,
á nombre del soberano
Alfonso quinto su hermano,
le hablaré.
- REBOLL. ¿De Alfonso quinto?
- AUSIAS. Que dejé en la Marca...
- VIOL. (Levantándose.) ¿Vos!...
- TERESA. (Idem.) ¿Sois?...
- AUSIAS. Trovador y soldado.
- VIOL. ¿Y en la Marca habeis estado?
- REBOLL. ¡Calma, hijas mias, por Dios!
Disimulad tan extrañas
impacencias.
- AUSIAS. Bien infiero
que se trata...
- REBOLL. ¡Ay! caballero,

de un hijo de mis entrañas.

En un asalto murió
allá en la Marca de Ancona.

AUSIAS. La fama el valor pregona
con que en las Marcas lidió.
Batió el castillo de Porcia,
y en el cerco, hombre á hombre,
venció, porque más asombre,
al mismo Francisco Esforcia.

TERESA. ¿Á mi hermano conocisteis?

AUSIAS. Antes de la cruel jornada
en que murió, con su espada
troqué la mia.

TERESA. ¿Vos fuisteis?...

AUSIAS. (Entrega su espada á Rebollo, que besa la empuñadura.)

Á Ausias March con esa dió
de amistad prenda querida.

REBOLL. Testimonio de la vida
que allí Ausias March le salvó.

VIOL. ¿Luego viendo en vos estoy?...

AUSIAS. Á un amigo suyo, sí.

TERESA. ¿Con que vos sois ¡ay de mí!...

AUSIAS. Ausias March, señora, soy.

(Tere: abraza á Violante, que mira con los ojos bañados en lágrimas á Ausias. Rebollo domina apenas su conmocion. Pausa.)

REBOLL. (Volviéndole la espada.)
Tomad.

AUSIAS. Pésame aumentar
vuestro justo sentimiento.

REBOLL. ¡Justo!—Es tanto lo que siento...

que apenas acierto á hablar.
Bien mis hijas su quebranto
y su gratitud confiesan...

Las damas todo lo expresan
con el silencio y el llanto.

Mi gratitud con razones
en vano á expresar me obligo.

AUSIAS. No exagereis, don Rodrigo,
el valor de mis acciones.
Ciego deber me guiaba

á auxiliar á don Garcia,
y al salvarle no sabia
á quién la vida salvaba.
Y si al auxilio corrí
hoy... de una dama, os lo fio,
solo tras el riesgo impío
la miré... y reconocí.

REBOLL. ¿Y bien?

AUSIAS. Á tal proceder
al hombre el deber le mueve,
y nada, señor, se debe
á quien cumple su deber.

REBOLL. ¡Veo, aunque tengais, por diestro
en trovar, fama cumplida,
que nadie salvó la vida,
noble mozo, á un hijo vuestro.
Oid, y Dios es testigo
de que estoy acostumbrado
á sentir, como soldado,
mucho más de lo que digo.
Tan ilustre nombre habeis,
tan alta fama alcanzais,
que á quien envidia no dais,
modelo le pareceis.
Si allá á las Córtes de Amor
vais donde el ingenio os llama,
el mundo entero os aclama
como el primer trovador:
y vuestro esfuerzo en la lid,
á haber tiempo atras vivido,
os hubiera conducido
á Valencia con el Cid,
y, almogávar y cantor,
luego á Grecia contra infieles
á disputar los laureles
á Entenza y Roger de Flor.

AUSIAS. (Radiante de alegría.)
(¡Ante ella!) — No continueis,
sea cual fuere la obra,
alcanza premio de sobra
solo con que la alabeis.
Y... hoy... generoso hidalgo,

veo por primera vez
en toda su desnudez
lo poco ¡ay de mí! que valgo.

TERESA. ¿De vos estais descontento?

AUSIAS. Es que ha seis meses ahora,
que aspira... á mucho, señora,
mi ambicioso pensamiento.
Porque un deseo sin calma
que á la gloria me avecina
brotó de esencia divina
dentro la region del alma.
Sentimiento que alumbró
desde aquel dichoso dia
la fé vacilante mia,
y mi vida penetró,
como penetra esplendente
desde su rosada cuna,
tras una noche... sin luna...
un rayo del sol naciente.

REBOLL. Acabad de ser conmigo
generoso.

AUSIAS. ¿Yo? ¿en qué puedo..?

REBOLL. Y dejad que Rebolledo
de hoy más os llame su amigo.

AUSIAS. La mayor ventura es
que mi pecho ambicionara.
¿Á quién la amistad no honrara
del caudillo aragonés? (Se abrazan.)

TERESA. Un mozo halló en el camino
este papel: sospeché
que era nuestro, y nos le dió
el posadero. Imagino
que lo perdisteis.

AUSIAS. (Con intencion, tomando el papel.)
Sí, á fé.

¡Cuanto... esta carta... he buscado!

TERESA. (Tambien con intencion.)
Pero al fin... la habeis hallado.

AUSIAS. ¡Fortuna la mia fué!

REBOLL. Mas don Martin ¿dónde ha ido?

ESCENA XII.

DICHOS.—D. MARTIN.

- MART. (Con asombro é indignacion.)
(¡Ausias March, rayos de Dios!)
- TERESA. (¡Cielo!)
- REBOLL. Llegad. Tambien vos
estaréis agradecido
al insigne trovador...
(Á Ausias, presentándole á D. Martin.)
Don Martin...
- AUSIAS. (Distraido.) De vista y fama
le conocia.
(Con delirio, besando la carta)
(¡Oh! me ama!)
- REBOLL. (Á D. Martin, presentándole á Ausias.)
Ausias March el salvador
de vuestra esposa.
- AUSIAS. (Como herido de un rayo.) ¡Qué!
- REBOLL. En breve,
el dia que el Rey elija,
doña Teresa mi hija
casar con don Martin debe.
Ha de asistir á esa union,
que apadrinará su alteza
el Rey, la mayor nobleza
de Navarra y Aragon.
Y porque en cuna y talento
lo más alto y de más prez
de ambos reinos, á la vez
celebre ese casamiento,
de la hermosura en loor
que es del mundo soberana,
nuestra reina doña Juana
abre una Córte de Amor.
- AUSIAS. ¡Iré!
- VIOL. ¡Cómo! ¡ireis quizás?...
- (Rebollo y Martin hablan aparte.)
- AUSIAS. Á cantar su enlace, sí.
Yo para cantar nací

la dicha de los demás.
Ved qué contraste... y qué suerte:
amores iré á cantar
donde debiera empezar
mis cantos de luto y muerte.

(Movimiento de Teresa.)
De pena el alma transida
la muerte del cuerpo implora;
y sin embargo, señora,
¡es tan hermosa la vida!
¡Qué encantos el bien arguye!...
¡Oh! qué hermoso es el bien, cuando,
á gritos al mal llamando,
tiende sus alas y huye!

ESCENA XIII.

DICHOS.— GARCÉS.

- GARC. ¡Las literas!
MART. (Á Garcés.) ¡Mi corcel!
REBOLL. Vámonos.
GARC. (Á Martín con misterio.)
(Vuelvo al instante)
(Desaparece un momento por el foro y vuelve.)
TERESA. (Á Violante.)
(¿Cómo decirle, Violante,
que muero de amor por él?)
VIOL. (Pero...)
TERESA. (He de hablarle, aunque importe
mi existencia.)
VIOL. (Á Ausias.) Caballero,
vos seréis nuestro escudero
hasta llegar á la córte.
Que bien, como comprendéis,
á sufrir tal pena tiende
quien á las damas defiende
como vos las defendeis.
AUSIAS. Premio es la pena.
REBOLL. (Yéndose por el foro.) ¡Pascual!...
MART. (Á Teresa con suma galantería, ofreciéndole la ma-
no, y echando una mirada recelosa á Ausias.)

Vuestro amor mi dicha labra.

(Teresa toma el brazo á Violante y se dirigen al foro.)

BEATRIZ. (Se asoma, cubierta con el manto, á la puerta de su cuarto, y dice á Ausias al ir este á acompañar á Teresa.)

(Si os dignais, una palabra.)

GARC. (Que está detras de Martin, le dice, refiriéndose á Ausias en el momento en que Martin va á acompañar á Teresa.)

(Ese hombre es vuestro rival.)

ESCENA XIV.

AUSIAS y BEATRIZ á la derecha hablando aparte.—MARTIN y GARCÉS á la izquierda tambien hablando entre sí.

BEATRIZ. Por una deuda de honor,
con desesperado afan,
busca ha tiempo á un capitan
Ausias March el trovador.

GARC. Yo leí la carta.

MART. ¿Expresa
su amor?

GARC. De amor se requieren.
¿Cuando digo que se quieren
nuestro hombre y doña Teresa!...

AUSIAS. ¿Cómo el capitan se llama?

BEATRIZ. En la córte lo sabréis.
¡Lo juro!

AUSIAS. Pero...

BEATRIZ. ¿No veis
que os espera vuestra dama?

AUSIAS. ¿Cómo os han dicho esa historia?
¿Eres acaso?... ¡Imposible!
¿Quién sois? ¿Qué recuerdo horrible
encendeis en mi memoria!
¿Quién es? ..

BEATRIZ. (Señalando á Martin, que se va con Garcés por el foro.)

Mirad.

AUSIAS. (Requiriendo la espada.) ¿Ese es?...

BEATRIZ. Sí,
vuestro rival, os lo lio...

AUSIAS. Mas...

BEATRIZ. (Señalando la puerta del foro.)
¡Pronto!... (Entra en el cuarto y cierra.)

AUSIAS. (Quiere abalanzarse al cuarto de Beatriz, se detiene,
mira al foro, y exclama, desapareciendo por él.)
¡Ay! ídolo mio...
ya me olvidaba de tí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Habitacion lujosamente amueblada en el palacio de Rodrigo de Rebolledo en Zaragoza. En el foro la puerta de entrada y ventanas á los lados con vidrios de colores. Á la izquierda, primer término, puerta que comunica con habitaciones interiores, y en el segundo el cuarto de Doña Teresa. Á la derecha una puerta en segundo término, y en el primero ventana que mira al jardin del palacio. Noche.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ y VIOLANTE.

BEATRIZ. Lo sé todo: vuestra hermana
me lo ha contado.

VIOL. ¡Esto más!

BEATRIZ. No os altereis: por fortuna
Teresa ignorando está
lo del duelo...

VIOL. Pero vos
¿qué es lo que sabéis? Hablad.

BEATRIZ. En el certámen que ha habido
esta mañana, Ausias March,
proclamado vencedor
en el Gay-saber sin par,
y premiado por la Reina
con aplauso general,

propuso un tenson de amor
que ninguno osó trovar,
y regaló la violeta
á la que es todo su afan:
Asombrado murmuró
el consistorio, á la par
se alzaron de sus asientos
la Reina y el rey don Juan,
y el tenson interpretando
don Martin, cual los demás,
hostil á su amor y honra,
al trovador fué á retar.

VIOL. Mas Teresa ignora el duelo.

BEATRIZ. Ella y su padre.

VIOL. Escuchad.

El Rey quiere á todo trance
mañana mismo enlazar
á don Martin con Teresa;
quiere evitar además
ese duelo; y pretextando
el incidente fatal
del Consistorio de Amor,
ha desterrado á Ausias March.

BEATRIZ. Lo sé tambien. Esas trovas
que gloria á su patria dan,
que pueblan con su armonía
los régios salones ya,
que el pueblo recita y canta
y que á Italia asombrarán—
¡insigne premio!—esas trovas
son el pretexto falaz
con que á la mujer que adora
le quieren arrebatar.

VIOL. (Bajando la voz.)
¿Ausias permanece aun
en Zaragoza?

BEATRIZ. Sí tal:
y no saldrá de la córte
hasta morir ó matar
á don Martin de Navarra.

VIOL. ¡Desventurado! ¿Quizá
olvida que el soberano

le dió tres horas no más
para salir de la córte?

BEATRIZ. Y ese término fatal
ha espirado.

VIOL. Si le prenden...

BEATRIZ. ¡Qué quereis! En su lugar
procediera yo, Violante,
como procede Ausias March.

VIOL. Pero el Rey...

BEATRIZ. El Rey así
pensó temoso y sagaz:
«Mañana al amanecer
citados al duelo estan
Ausias March y el de Navarra.
Si acata mi voluntad
el trovador, esta noche
de Zaragoza caldrá,
y mañana el de Navarra
lleva á Teresa al altar;
y si se queda, esta noche
al trovador prenderán,
y el de Navarra mañana
con Teresa casará.»

VIOL. ¿Conque es decir que Teresa
por fuerza se ha de enlazar?...

BEATRIZ. Hay un medio de evitarlo,
desesperado...

VIOL. ¿Si? ¿Cuál?

BEATRIZ. Mientras viva don Martin,
ni el Rey ni él desistirán
de su empeño; y á estas horas
sospecho que buscan ya
para prenderle á don Ausias.
¿Cierto que se ha de quedar
en palacio vuestro padre
esta noche?

VIOL. Así don Juan
lo manda: á la Aljafería
antes de las diez irá.

BEATRIZ. ¿No os ha encargado Teresa
que hableis al monarca? Aun hay
espacio: corred á hablarle.

VIOL. Pero ¿qué medio encontráis
de evitar el casamiento
con don Martin?

BEATRIZ Al tornar
del alcázar lo sabréis:
y para entonces pensad,
suceda lo que suceda
aquí esta noche...

VIOL. ¿Intentáis?...

BEATRIZ. Que el honor de vuestra casa
puro siempre he de dejar.

(Váse Violante por el foro, Beatriz se asoma á la
puerta de la derecha, y entra luego por ella
Fortuny.)

ESCENA II.

BEATRIZ.—FORTUNY.

FORT. ¿Doña Teresa?

BEATRIZ. (Señala el cuarto de la izquierda segundo término.)
En su cuarto,

llorando. ¿Qué hora será?

FORT. Las nueve han dado en la Seo
ha tiempo.

BEATRIZ. ¿Con que vendrán?

FORT. Su palabra han empeñado.
Á las diez vendrá Ausias March,
y don Martin á las diez
y media en punto estará
en las tapias, esperando
la convenida señal
para entrar en el jardin.

BEATRIZ. Antes de las diez, detras
del postigo te colocas,
dejas á mi hermano entrar,
y solo cuando esté aquí
paso á don Martin darás.

FORT. Así lo haré.

BEATRIZ. Ve con tiento,
que todo perdido está
si dentro el jardin se encuentran

Ausias March y su rival.

FORT. ¿Os molestan mis preguntas?

BEATRIZ. Habla.

FORT. ¿Por qué los citais?

BEATRIZ. Para que salgan de aquí
á reñir, sin esperar
el día, y á que mi hermano
aherrojado sin piedad,
ni su amor defender pueda,
ni pueda mi honor vengar.
Para que sepa mi hermano,
al reñir con su rival,
que venga su honra y la muerte
de su madre, y al vibrar
el acero vibre el rayo
de la ira celestial.

¡Ay de mí! Cuando recuerdo
el juramento falaz
con que ese hombre me arrancó
de la casa paternal,

y el horroroso desvío
con que su liviano afán
burló, al verme sin amparo,
mi amor y credulidad!...

¿Por qué me preguntas eso?...
Me exalto, y yo debo estar
serena.—¿Te asombras? ¿Quieres
saber si razones hay
para tener mi alma el temple
que asombro y pavor te dá?

FORT. Don Martín en ese duelo
puede, señora, triunfar.

BEATRIZ. ¿Pues tú, Fortuny, en mi nombre
no le has propuesto la paz,
para no exponer la vida
de mi hermano?

FORT. Es la verdad.

BEATRIZ. No su palabra reclamo,
que odio, desprecio mortal
me inspira el menguado. Solo,
para la felicidad
de mi hermano, le he pedido

:

que de ese enlace fatal
desista. ¿Y qué ha contestado?
Repítelo.

FORT. Horror me dá
el recordarlo.

BEATRIZ. ¿Lo ves?

FORT. Le he dicho que me mandais
de Valencia do el misterio
encubre vuestra orfandad;
que de su empeño desista,
que... Una sonrisa infernal
abrió su boca, y me ha dicho...
lo que sabeis (y algo más).

BEATRIZ. Se burla de mi propuesta;
hace escarnio de mi afan;
mi indignacion desafia,
seguro de que á Ausias March
nunca me descubriré
porque no me mate, y... ¡ay!...
hasta la santa memoria
de mi madre osa ultrajar;
de mi madre que á sus pies,
bañada en llanto mortal,
pidióle un día la honra
de su hija...

FORT. ¡Dios de bondad!

BEATRIZ. Y á la cual su negativa
hizo al sepulcro bajar.
¡Juzga tú si al saber esto
mi hermano le matará!
Ya ves, tras tantos ultrajes,
que es necesario luchar
á muerte, y pronto, esta noche.

FORT. Teneis razon.

BEATRIZ. ¿No es verdad?
Por esto los he citado.
Y si sucumbe Ausias March
—¡sea ese hombre de mi casa
el esterminio fatal!—
de su enlace con Teresa
mi cadáver será altar.

(Abre la ventana de la derecha y dice á Fortuny,

dándole una llave y señalando al jardín:)
Toma esta llave y colócala
debajo de aquel rosal...
de rosas color de sangre.
Ausias March la irá á buscar
para abrir el pasadizo
que con esa puerta dá. (La de la derecha.)
Cuenta que él no te conozca
ni don Martin.

FORT. Descuidad.
Alguien se adelanta... ¿Os dejo?

BEATRIZ. Sí: don Rodrigo será.
(Váse Fortuny por la puerta derecha que Beatriz
cierra, y sale Rebolledo por la izquierda, primer tér-
mino.)

ESCENA III.

BEATRIZ, REBOLLEDO.

REBOLL. ¿Sola?

BEATRIZ. Retírome, si es
vuestro deseo.

REBOLL. Eso nó.
¡Harto solo me hallo yo
con mis pesares, Inés!
En palacio he de pasar
toda la noche; mas antes
de partir, unos instantes
debo con Teresa hablar.

BEATRIZ. En su cuarto está. ¿Quereis
que la llame?

REBOLL. ¿Qué hace?

BEATRIZ. Llora,
porque del dueño que adora
separarla pretendéis.

REBOLL. Decid vos que su martirio
me achacáis, vos que parece
sabeis bien lo que padece...
lo que intenta su delirio,
¿qué haré para que, ese amor
dando á un olvido profundo,
sea feliz en el mundo?

BEATRIZ. ¿Quereis hablarla, señor?

REBOLL. Llamadla.

BEATRIZ. Aquí se dirige.

ESCENA IV.

REBOLLEDO, BEATRIZ.—TERESA.

TERESA. ¡Padre!

(Á Beatriz, que intenta retirarse.)

¡Nó, no me abandones!

(Á Rebollo que hace un movimiento de ira.)

¡Perdonad!

REBOLL. Inés, quedaos.

TERESA. No os enojeis. Dios conoce
que no traté de ofenderos.

Mas, padre... ¡Si se me rompe
el corazon en pedazos! (Échase á sus pies)
Pálido os veo esta noche.

REBOLL. Alzad.

TERESA. (Se levanta.) ¿Por qué no os sentais?

¿Es posible que os enoje
la voz de la hija única,
padre, de vuestros amores?

REBOLL. Abreviad. (Siéntase.)

TERESA. ¡Ay! madre mia,

tú que desde el cielo me oyes,
tú que ves mi angustia horrible,
madre idolatrada, acórreme!

REBOLL. (Conmovido.)

Teresa... acabad.

TERESA. ¿Por qué
no me dais el dulce nombre
de hija?

REBOLL. Tu buena madre,
que mi situacion conoce,
se mostrara como yo
inflexible á tus clamores.

TERESA. ¡Oh! mi madre no.

(Á Beatriz.) Vos...
(Corrigiéndose súbitamente.) Tú...
¿la conociste? Pues oye:

Prometida por sus padres
desde su niñez á un noble,
al mio vió en un torneo,
digno de su amor juzgóle,
y le adoró.—Yo no tengo,
para que mi afan apoye,
su voz que hacia vibrar
el alma á su impulso dócil,
como... á esos rayos de luna
la voz de los ruseñores.

REBOLL. Cerrad, Inés.

(Al volverse Beatriz á cerrar la ventana de la derecha por donde penetra la luna, Rebollado se enjuga los ojos. Teresa va á postrarse á sus pies y él la detiene, haciéndola comprender que no quiere que Beatriz conozca que ha llorado. Beatriz lo ha observado.)

TERESA.

¡Oh!...

REBOLL.

¿Y bien?

BEATRIZ.

(Llora.)

TERESA.

(¡Cielos, que llora, que llora!)
En vano el galan instó:
en un convento encerróse,
y solo para casarse
con vos, rompió sus prisiones...
porque la noble matrona
con su fé al claustro se acoge,
si no puede con su mano
dar su amor del alma á un hombre.
Padre, si es digno Ausias March
de mi amor, dícenlo á voces
la fama de sus proezas,
lo honrado de sus acciones,
la sangre ilustre que tiene
y de su ingenio el renombre;
y cuando el orbe negara
á Ausias March tan altas dotes,
vos, padre—segura estoy—
diriais que miente el orbe.

REBOLL.

¿Parécete bien que falte
á mi palabra? Responde.
¿Es indigno de tu mano

don Martin? ¿Piensas que dóciles
su amor y altivez desistan?
¿Juzgas que el Rey abandone
su proyecto de enlazaros?
Reunidos mira en la córte,
de Aragon y de Navarra
los prelados y los próceres.
¿Sabes por qué con tal pompa
vuestro enlace se dispone,
y el Rey protege y halaga
de don Martin los amores?
Porque en Navarra fermenta
el bando que Juan Beamonte
alza en favor del de Viana
contra el rey don Juan, y el nombre
de don Martin, y el prestigio
de sus deudos que le acorren,
tienen, si la lid se traba,
poder que aquel bando arrolle.

TERESA.

¡Infeliz!

REBOLL.

¿Abre á tu padre
un camino que le honre
para negarle tu mano
á don Martin, y esta noche,
aun á costa de su vida,
término á tu angustia pone!

ESCENA V.

LICHOS.—VIOLANTE por el foro.

VIOL. Tomad, señor: para vos
trajo ese pliego Beamonte,
paje del Príncipe, y dijo
que interesa mucho.

REBOLL. Entonces...
¿Dijo?

VIOL. Que es urgente.

REBOLL. ¿Espera
contestacion?

VIOL. Nó: marchóse
al saber que aquí os hallabais

- REBOLL. Acaso—¡necios temores!—
con este escrito á mi casa
la paz y alegría tornen.
(Abre el pliego que le ha dado Violante, y lee para sí.)
- TERESA. (Bajo á Violante.)
(¿Viste al Rey?)
- VIOL. (Le hablé.)
- TERESA. (¿Cedió?)
- REBOLL. (Á Beatriz.) Retiraos. (Tal reproche
por vez primera á mi cara
hace que el rubor se asome.)
(Beatriz entra en el cuarto de Teresa.)

ESCENA VI.

REBOLLEDO, TERESA y VIOLANTE.

- REBOLL. (Á Teresa dándole la carta.)
Leed.
- VIOL. (En tono de súplica.)
¡Señor!
- TERESA. ¿Qué me anuncia
vuestro enojo?
- REBOLL. ¡Leed!
(Á Violante, que reitera con un movimiento la súplica.)
¡Oye!
- TERESA. (Lee.)—«Ya que, según entiendo, no habeis
comprendido las trovas que en palacio ha
dirigido Ausias March á doña Teresa, com-
prended la indignacion que han causado al
Señor Rey mi padre y á la Reina, y apresu-
raos á impedir el duelo que vá á tener lu-
gar entre Ausias y don Martin.—Buscadme
en palacio.—El Príncipe de Viana.»
¡Por compasion, impedidlo!
¡Volad á cumplir las órdenes
del Príncipe! ¡En ese duelo
va envuelto, señor, mi nombre!
- REBOLL. ¡Ira de Dios, y qué bien
lo respetan esos jóvenes!
Dime si es posible ya

que mi palabra revoque
ante ese empeño invencible
que el Rey en tu enlace pone.
¿Qué puedo hacer por don Ausias?

TERESA. ¡Oh! tal vez la sangre corre
del que salvó á vuestro hijo...

REBOLL. ¡Ay! del de Navarra entonces.
(Váse por el foro)

ESCENA VII.

TERESA y VIOLANTE.

TERESA. ¿Verdad, que no reñirán?
Habla: á tí no te se esconde
que el Príncipe es muy amigo
de Ausias, y habrá esta noche,
para estorbar ese duelo,
tomado sus precauciones.
Y ellos obedecerán...
Pero tú nada respondes.
¿Cede el Rey? ¿Le has explicado?...

VIOL. Todo, pero...

TERESA. ¿Qué?

VIOL. Indignése..,

TERESA. Prosigue. Ya sé, Violante,
que aun hay desdichas mayores
para mí. ¿Por qué vacilas?
Fria, indiferente, inmóvil
voy á escucharte.—¿Es posible
que el cielo asi me abandone?
Tú te postrastes á sus pies,
y airado el Rey...

VIOL. Retiróse.

TERESA. ¿No hay esperanza?

VIOL. Ninguna.

TERESA. ¡Ninguna!—Dicen que ese hombre
odia al Príncipe de Viana
su hijo, le detesta.—¿Oyes?
No extraño que palidezcas.
¡Si parece que mis voces
hasta... á estos muros de piedra
estremecieron de horrores!

Dicen tambien... ¡Imposible!...
¡Mira á qué entrañas de bronce
fuiste á pedir compasion
para mis tiernos amores!
Mas no importa: yo á mi amante
hablaré, y ambos acordes...

VIOL. Es que además el monarca
esta tarde... desterróle,
dándole solo tres horas
para salir de la córte.

El Rey sabe que aun está
en Zaragoza: de su órden
le buscan, y si le prenden...
¡Dios sus piedades le otorgue!

TERESA. (Con arrebató despues de un corto silencio en que ha
permanecido inmóvil con los ojos clavados en el
suelo.)

¡Sea! (Llama.) ¡Inés!

VIOL. ¿Qué vas á hacer?

TERESA. ¡Oh! mi manto!...

(Beatriz sale con un manto que da á Teresa.)

ESCENA VIII.

DICHAS.—BEATRIZ.

TERESA. ¿Sabeis?...

BEATRIZ. Todo,

Teresa.

TERESA. Pues de ese modo...

VIOL. ¿Qué intentas?

TERESA. ¿Qué? Voy á ver
á Ausias March para que huya,
para jurarle mi empeño,
que antes de ser de otro dueño,
moriré suya... ¡oh... ¡suya!
Ven conmigo.

VIOL. Mas quizá
se vuelva padre.

TERESA. ¡Gran Dios!...

(Á Beatriz.)

Si vuelve, decidle vos

- que me he recogido ya.
- VIOL. Es que si á saber alcanza
que fuiste á ver á tu amante...
- TERESA. Me mata. ¡Morir, Violante,
es ya mi sola esperanza!
Si Ausias al destierro cruel
se va, perdida la calma,
¿como vivir sin mi alma
que irá al destierro con él?
- VIOL. Ten de tí misma piedad.
Tal proyecto compromete
tu honor. Acaso interprete...
- TERESA. ¿Quién?
- VIOL. Ausias March.
- TERESA. ¡Es verdad!
¿Seré, de mi amor en pos
corriendo en la noche oscura,
ante sus ojos tan pura
como lo soy ante Dios?
- VIOL. Puede dudar...
- TERESA. ¡No, Violante!
Que no le ofendan tus voces
otra vez. ¡Tú no conoces
á mi generoso amante!
- VIOL. Desiste, por Dios, al fin.
Irnos de noche, á tal hora.
Nos verán salir ahora.
- TERESA. Salgamos por el jardín.
- BEATRIZ. (Con sobresalto.)
(Ausias tal vez ha llegado,
y aguarda en él la señal.
¡Ocurrencia mas fatal!)
¿Habeis al Príncipe hablado?
- VIOL. (Á Teresa, á quien la pregunta de Beatriz ha hecho
concebir una esperanza.)
Nadie en tu apoyo hallarás.
- TERESA. ¿Si? Pues mira: eso bastara
para que yo más le amara...
si pudiera amarle más!
¡Pobre alma mía querida!
¿quién tu amor ha de apoyar
si osa mi padre olvidar.

que me salvaste la vida?
¿Si hasta Violante olvidó
que llevas, buen caballero,
en vez del tuyo, el acero
que su esposo te legó?

VIOL. Sigue.

TERESA. ¿Lloras?

VIOL. ¡Inhumana!

TERESA. ¡Oh! lloras... ¡Bendito llanto! (La abraza.)
Necesito tanto, tanto
que lloren conmigo, hermana!

VIOL. A tu padre obedecí
rogándote que cedieras.

TERESA. ¡Si no es posible que quieras
que desista! ¿No es así?
Ya su mandato has cumplido.
Pronto, Violante, corramos
y al guerrero defendamos
que defendió á tu marido.

VIOL. Quédate, y tu impaciencia
calma. Las diez van á dar,
y voy á la Reina á hablar,
que á las diez me dará audiencia.

TERESA. (Con alegría.)

¿La Reina? Contigo iré.

VIOL. Que esperes aquí te advierto.

TERESA. ¡Dios ponga en tu labio acierto!

(Después de una pausa y de haberse ido Violante
por el foro.)

¿Por qué no esperar, por qué?

ESCENA IX.

TERESA y BEATRIZ.

BEATRIZ. (Solas por fin. ¿Qué más quieres, (Con gozo.)
corazon? ¡Solas quedamos!...)

(Mirando á Teresa.)

(¡Oh! ¿tendrá valor?)

TERESA. Veamos.

(Se asoma al foro.)

¡Violante, qué buena eres!—

Si comprendiera por suerte
la Reina, que un solo acento
suyo puede en tal momento
darme la vida ó la muerte!...

BEATRIZ. (Con inquietud mirando la puerta de la derecha.)
¿Daros la muerte?

TERESA. Sí á fé.

BEATRIZ. Templad el dolor profundo...

TERESA. ¡Qué distinto es este mundo
del que en el claustro soñé!
Mas no reñirán ¿verdad?

BEATRIZ. Fuerza es que riñan.

TERESA. ¡Qué horror!

BEATRIZ. Si vos tuvierais valor
para hablarle.

TERESA. ¿Á quién?

BEATRIZ. ¡Callad!

(Óyese el preludio de un laud en el jardín.)
(Es la seña.)

TERESA. Apenas puedo
tenerme.

BEATRIZ. ¡Qué plañidera
armonía!

TERESA. ¿Es dentro ó fuera
del jardín?

BEATRIZ. Abramós.

TERESA. (Deteniéndola y acercándose maquinalmente á la ven-
tana de la derecha.)

¡Quedó!

AUSIAS. (Fuera.—Canta.)
«Si he de ver, loco de celos,
»que me arrebatan su amor,
»matadme, piadosos cielos,
»por favor!»

TERESA. ¡Ausias!—¿Á qué viene?

BEATRIZ. ¡Él es!

Le perderá esa cancion
si alguien la oyó.

(Preludio en el jardín) ¡Maldicion!

TERESA. (Con ira.)

¡Es Ausias... silencio, Inés!

AUSIAS. (Canta.)

«Mas ¡ay! si es tu anhelo
»que la muerte impía
»no me cause horror,
»á la faz del cielo,
»júrame, alma mia,
»no olvidar mi amor!»

TETESA. ¿Olvidarte!... ¿Eso supones?—
¿Le habrán oído? ¿Qué haré?
Escuchemos...

(Mata las luces de la habitación, y la recorre aplicando el oído á las puertas.)

BEATRIZ. ¿Qué haceis?...

TERESA. (Con sobresalto y como si se hubiese olvidado de ella.)

¿Qué!...

¡Ay! Inés, no me abandones.
¿Para qué Ausias March entró
en el jardín? Es preciso
que se vuelva, darle aviso...
¿Quién le habrá llamado?

BEATRIZ. Yo.

TERESA. ¡Inés!... ¡Prevision escasa!
¿No veis la huella infamante
que puede dejar mi amante
en el jardín de mi casa?
Pronto decidle que huya.

BEATRIZ. Advertid antes con calma...

TERESA. ¡Suya es mi vida... y mi alma;
pero mi honra... ¡no es suya!

BEATRIZ. Vá á reñir.

TERESA. En tal combate
Dios no querrá que sucumba;
y si en él halla su tumba
rogaré á Dios que me mate.

BEATRIZ. ¿Su tumba! ¡Augurio cruel!

TERESA. (Con ira y celos.)
Cuando al jardín le llamasteis
¿acaso mi nombre usasteis?

BEATRIZ. ¿Hay otro nombre para él
á cuyo solo reclamo
hubiera acudido ahora?
¿Sabeis que arriesga, señora?...

- TERESA. Pero vos le amais.
BEATRIZ. ¿Si le amo!...
TERESA. ¿Y qué esperais?
BEATRIZ. ¡Infeliz
de mí! ¡Dejad, mal que os pese,
que por Ausias se interese
su hermana doña Beatriz!
- TERESA. ¿Vos!...
BEATRIZ. ¡Pensad si amaré yo
á Ausias March!
- TERESA. ¡Oh! qué sorpresa!...
BEATRIZ. ¿Aun te doy celos, Teresa?
TERESA. ¿Vos, Beatriz? ¿Tú, celos? ¡Oh! (La abraza.)
BEATRIZ. No gastemos tiempo en vano.
TERESA. Manda, y cumpliré tu intento.
BEATRIZ. Entra pues en tu aposento,
que á llamar voy á mi hermano.
- TERESA. ¿Llamarle? Nunca! ¿Á qué fin?
BEATRIZ. Pues despídele...
TERESA. Eso harás.
BEATRIZ. Y á la justicia quizás
halle al salir del jardin.
Por desacato á la ley
del destierro que atropella,
la justicia tras su huella
vá con la saña del Rey.
- TERESA. ¡Jesus!
BEATRIZ. (Se asoma á la ventana de la derecha y dice:)
Subid.
(Abre la puerta de la derecha.)
- TERESA. ¡Soy perdida!
BEATRIZ. En situacion tan horrible
salvar solo así es posible
tu honra, tu amor y su vida.
(Toma á Teresa su manto, y se cubre.)
- BEATRIZ. Atiende.
TERESA. ¡Cese esta lucha,
y entra en tu cuarto!
- TERESA. ¡Eso nó,
en mi cuarto!
- BEATRIZ. Entonces... ¡Oh!...
¡Retírate ahí... y escucha!

(Teresa entra en el cuarto izquierda, primer término. Beatriz se coloca de espaldas á la puerta por donde se asoma Teresa, y aparece Ausias por la puerta de la derecha. El escenario queda escasamente alumbrado por la luna que penetra á través de los vidrios de colores de la ventana de la derecha. En las siguientes escenas, como en todo el drama, Beatriz conservará la profunda intencion y serenidad que dan colorido á su carácter.)

ESCENA X.

BEATRIZ.—AUSIAS MARCH.

BEATRIZ. Cerrad.

(Ausias cierra como maquinalmente y con llave la puerta por donde ha entrado.)

En vuestra cancion
¡qué encanto y ternura habia!
Desde aquí se os conocia
que os temblaba... el corazon.

AUSIAS. ¿Quién sois?

BEATRIZ. Mi oido percibe
que vuestra zozobra crece.

AUSIAS. Es que aquí... ¡Si me parece
que estoy soñando!... ¡Aquí vive!...
Sueños de gloria y loor,
del hombre afanes risueños,
¿cuándo valdreis— ¡pobres sueños!—
un solo sueño de amor?

(Respira con fuerza.)

Aquí respira. Este es
el aire suyo... ¡Celeste,
dicha inmensa!... El suelo es este
que pisan sus castos pies.

Aquí vió la luz del dia.

Dios, sobre un rayo de estrella,

aquí mandó el alma bella
de Teresa... ¡el alma mia!...

Tal vez cerca de ella estoy...

(Con viveza retrocediendo hácia la derecha.)

¿Puede empañar mi venida

su honra? ¡Oh! por vuestra vida,
decidme que nó... ó me voy.

BEATRIZ. ¿Volveros? ¡Qué desacierto!

AUSIAS. ¿Quién sois?

BEATRIZ. Su amiga mejor.

¿Cuando reñis, trovador?

(Sorpresa crecienta en Ausias.)

Al amanecer ¿no es cierto?

Debe ser antes... será.

El Rey os ha desterrado

esta tarde, os ha mandado

á Italia; mas sabe ya

con justas iras el Rey,

que aun os estais albergando

en la córte, despreciando

su voluntad y su ley.

Os persiguen, y dará

con vos la justicia inquieta:

si vuestra vida respeta;

en cadenas os pondrá

donde halleis fiero tormento;

con lo cual, si lo advertis,

ni con don Martin reñis,

ni estorbais su casamiento.

AUSIAS. ¿Y me llama de esta suerte

mi bien?...

BEATRIZ. Para que entendais

que es preciso que corrais

al punto á reñir .. á muerte.

(Teresa quiere salir, Beatriz se apoya en la puerta,
y dice con precipitacion, de modo que pueda oirlo
Teresa:)

Mas antes, ya que feliz

un azar aquí nos junta,

oid á vuestra difunta

hermana doña Beatriz.

AUSIAS. ¿Acaso no ha muerto?

BEATRIZ. Oid

lo que en su congoja fiera

me encomendó que os dijera

antes de espirar.

AUSIAS. Decid.

Mas no conteis... ¿Qué me pasa?...

¡En qué instante, Dios eterno!...

¡Si viérais vos el infierno
en que mi pecho se abrasa!...

BEATRIZ. Diez años contaba el día
que en Valencia la dejásteis...
Cuando á Valencia tornásteis
desaparecido habia.

Sus padres la concertaron
un enlace que ella odiaba;
y al saber que á otro hombre amaba,
sus padres... no la mataron.
Y aquella noche fatal
en que casarse debió,
con un capitan huyó
de la casa paternal.

AUSIAS. Con un capitan... Hablad.

BEATRIZ. Su torpe pasion liviana
abandonó á vuestra hermana
á la deshonra...

AUSIAS. ¡Callad!

BEATRIZ. ¿Y sabeis lo que causó
tan afrentosa vileza?
Unos bienes y grandeza
que el capitan heredó.

AUSIAS. Pero—¡ay Dios!—¿sabe quizás
mi amada esa historia impura?

BEATRIZ. No...

AUSIAS. ¡Así Dios os dé ventura,
no sé la conteis jamás!
Si ella dejara de amarme
por saberlo—¡suerte impía!—
sin vida me dejaria,
y no pudiera vengarme.
Y de esa afrenta, ya veis,
fuerza es que yo me vindique...
¡Yo no sé cómo os suplique
que jamás se la conteis!

BEATRIZ. Hasta aquí poco interés
tal venganza os ha inspirado,
pues no me habeis preguntado
quién fué el capitan.

- AUSIAS. ¿Quién es?
¿Dónde está?
- BEATRIZ. Voy á llamarle.
- AUSIAS. Mi vida, quien quier que seais,
vuestra es.
- BEATRIZ. La necesitais...
- AUSIAS. ¿Para qué?...
- BEATRIZ. Para matarle.
(Abre la ventana de la derecha, hace una seña, y vuelve á cerrar la ventana, al mismo tiempo que Teresa sale del cuarto y dice á alguien que está dentro, sin ser vista ni oída de Ausias y Beatriz.)
- TERESA. (Luego que yo llame, entrad.)
- AUSIAS. Á ser esto un sueño, fuera horrible.
- TERESA. ¡Mi vida diera
porque no fuese verdad!
(Ausias, como herido de un rayo, se vuelve á mirar á Teresa, y baja los ojos: Beatriz hace un movimiento de cólera.)

ESCENA XI.

AUSIAS, BEATRIZ.—TERESA.

- TERESA. Á quien... vengar... su honra ansia
se le ha de perdonar todo
por vengarla. Ved el modo
como... defiendo... la mia.
Pues de liviana torpeza
en mi faz no hay mancha alguna,
quiero que alumbre la luna
mi diadema de pureza.
(Abre la ventana de la derecha y suenan unos golpes en la puerta de la derecha.)
- AUSIAS. (Requiriendo la espada.)
¡Ah!
- TERESA. ¡Calma, don Ausias, calma...
y juradme reportaros!...
- AUSIAS. Ved que no puedo miraros...
¡y sois la luz de mi alma! (Llaman otra vez.)
- TERESA. (Sonriendo con desesperacion y como contestando al que llama.)

¡Basta!

(Á Beatriz con imperio.)

¡Abrid!

(Beatriz abre, aparece Martin embozado, y se para al vislumbrar las figuras de Ausias, que está á la izquierda, y de Teresa, que ocupa el centro del teatro, y domina con su actitud á Ausias que ha querido abalanzarse á Martin. Beatriz cubierta, erguida y sin movimiento en el foro derecha.)

ESCENA XII.

AUSIAS, TERESA, BEATRIZ.—MARTIN.

TERESA. Antes de hablar,
que entendais mi honor reclama
que no soy yo quien os llama.

MART. Lo he debido sospechar
cuando, de esperarme harto,
entré y á oscuras, señora,
trémula os hallé á tal hora
con un hombre en vuestro cuarto.

AUSIAS. (¡La ira mi pecho desgarrar!)

TERESA. Descubrios.

MART. Mi rebozo
no os pese.

TERESA. ¡Abajo el embozo!

MART. ¡Soy don Martín de Navarra!

(Se desemboza. Ausias y Teresa hacen un movimiento de asombro que acaba por expresar en esta profunda alegría, y en Ausias desesperada impaciencia.)

TERESA. (Bajo á Beatriz.)

(¿Ese te burló, infeliz?)

BEATRIZ. (Ese)

TERESA. (¡Alienta! Ese villano
hará el Rey que con tu mano
honrado sea, Beatriz.)

(Abre la puerta izquierda, primer término, y grita.)

¡Luces!

(Entran criados con luces, y dice á uno:)

Á palacio vos.

Mi padre está allí: decidle
que al punto venga. Añadidle
que le llamo.

(Acompaña al criado hasta la puerta del foro, y al
asomarse á ella exclama con alegría:)

¡Justo Dios,
gracias! Fuerza es que te cuadre
salvar así la honra mia.
¡La Providencia te guia,
padre!—

(Movimiento de Ausias y Martín.)

¡Quietos todos!—¡Padre!

ESCENA XIII.

DICHOS.—REBOLLEDO.

REBOLL. (Al verse cercado de criados, dice, reprimiéndose, á
Ausias y Martín:)

¡Pláceme hallaros al fin!
Sonriendo, no sé de fijo
quién allá en palacio dijo
que os vió entrar en mi jardín...
que mi propia mano abrió
para que entrarais.—

(Por Beatriz.) ¿Quién es
la tapada?

TERESA. (Vivamente para evitar que Beatriz conteste.)
Inés.

REBOLL. (Á Beatriz para que conteste y la oigan todos.)
¿Qué!

BEATRIZ. (Comprendiéndole, y en voz clara.)
Inés.

MART. (Estremeciéndose.)
(¡Esta voz!...)

BEATRIZ. (Que ha observado á Martín.)
(Se estremeció.)

REBOLL. (Á Teresa.)
Justo es que á mí me reproche
tu sobresalto. Indiscreto
guardé contigo el secreto
de nuestra cita esta noche.

(Á una seña suya vándose los criados, y cierra todas las puertas.)

ESCENA XIV.

AUSIAS, REBOLLEDO, MARTIN, TERESA y BEATRIZ.— Ausias á la izquierda, Martin á la derecha, Rebolledo en el centro, entre Teresa y Beatriz, ésta á la derecha y aquella á la izquierda.

RABOLL. (Arrancando con creciente exaltacion.)
Mientras mi afan, no os asombre,
vuestro duelo á estorbar pasa,
venis á asaltar mi casa
para mancillar mi nombre.
Envuelto en sangrientas nieblas
hierve el corazon. Vos... Vos...
¡Rasgad pronto, ira de Dios,
este velo de tinieblas!
¡Pronto y no mintais!... ¡Oh! quedo...
Encenderse en ira... intentan,
porque dice... ¡que no mientan!...
Rodrigo de Rebolledo!

(Á Martin)

¿Á qué fin habeis entrado?...

MART. No sé ahora cómo os cuente...
Me llamaron.

(Rebolledo mira á las damas, dudando de la contestacion de Martin.)

BEATRIZ. Y no miente.

REBOLL. ¿Y vos?

AUSIAS. (Sin alzar los ojos.)

Porque fuí llamado.

REBOLL. ¿Confesarlo os da rubor?

(Á Beatriz, dando á entender que duda de la contestacion de Ausias.)

¿Nadie á afirmarlo se obliga?

TERESA. Basta que Ausias March lo diga
para ser cierto, señor.

REBOLL. (Bajo á ella)

(¡Reza á Dios!)

(Abre la puerta del foro y dice á Ausias y á Martin.)

¡Idos!

TERESA. (Á su padre, que la ase del brazo y se la lleva al proscenio, derecha.)

¡Piedad!

MART. (Que se ha precipitado á la puerta del foro, á Ausias, que se detiene al comprender el peligro de Teresa.)
¡Dudáis?...

REBOLL. (Á Teresa, desnudando la espada.)
(Tu fin ha llegado.)

AUSIAS. ¡No veis que no os he matado?...

MART. Porque temeis.

AUSIAS. (Ve á Teresa que le mira con angustia y como queriendo detenerle, y dice sin apartar los ojos de ella:)
¡Es verdad!

Oye, Rebollado, y fijo
da el fallo que más te cuadre.

(Impaciencia en Rebollado. Ausias añade, señalando á Teresa.)

¡Por su vida!

(Rebollado se vuelve con indignacion hácia Teresa, y esta esclama clavando sus ojos en los de su padre:)

TERESA. ¡Óyele, padre,
por la memoria de tu hijo!

REBOLL. Sed breve.

TERESA. Hablad, que le place.

Solo por su hijo oye el ruego...
Veréis que le pesa luego
el daño cruel que me hace.

AUSIAS. (Después de cerrar la puerta del foro.)

Un año cumple que un hombre,
que honrado y noble se llama,
robó en Valencia á una dama,
fingiendo apellido y nombre.

Mejóro luego de suerte,
á los palacios subió,
y á la dama abandonó
á la deshonra y la muerte.

En vano, ébrio de saña,
pero con incierta huella,
buscóle el hermano de ella
por Italia y por España.

Y en vuestra casa, señor,
por una incidencia rara,

- hoy se encuentran cara á cara
el hermano y el raptor.
- MART. ¡Mal nacido! En vuestra mengua,
bien presumí, trovador,
que por corto de valor
seriais largo de lengua.
- AUSIAS. Ya veis que mi honor empaña
ese hombre... y matarle quiero...
aunque avergüence á mi acero
la mezquindad de la hazaña.
- MART. ¡Mentis, el juglar!
- AUSIAS. (Á Teresa.) Ya veis
que os ambiciona sin calma,
que os ama.,
- MART. ¡Con toda el alma!
- AUSIAS. (Á Teresa.)
¡Lástima que no le ameis!
¡Así al menos mi furor
venganza hallara cumplida,
arrancándole una vida
rica de gloria y de amor!
- MART. ¡Salgamos!
- UNA VOZ. (Llamando dentro, foro.)
¡Abran!
- REBOLL. ¡Qué exceso!...
(Abre y entra Pedro de Peralta.)

ESCENA XV.

DICHOS.—PEDRO DE PERALTA.

- PER. Ya lo sabréis más despacio.
Don Martin, id á palacio;
y vos, don Ausias, sed preso.
- AUSIAS. ¡Preso!
- PER. El Rey os desterró,
y al saber que despreciabais
su ley, y que aquí os hallabais,
á prenderos me mandó.
- REBOLL. ¡El Rey?...
- PER. Que hubiera venido,
—tal ira estalló en su pecho—

si la Reina, á su despecho,
no le hubiese detenido.

REBOLL. Luego iremos...

PER. (Á Ausias) Sin demora,
rendid la espada.

REBOLL. (Resentido.) ¡Peralta!...

AUSIAS. ¡Si supierais vos la falta
que me hace esta espada ahora!
¡Un solo instante!

PER. ¡El acero!

AUSIAS. (Se estremece de ira, pasea una mirada por la escena,
y al clavar los ojos en la ventana derecha alumbrada
por la luna, dice:)

¡La noche está bien serena!

BEATRIZ. ¡Oh!...

(Quiere echarse á los pies de Peralta, y Teresa la
detiene.)

TERESA. (¡Quieta ahí!)—El Rey lo ordena...

(Á Ausias.)

¿Qué os deteneis, caballero?

AUSIAS. ¡Partamos! (Entrega la espada á Peralta, y vánese.)

ESCENA XVI.

REBOLLEDO, MARTIN, TERESA y BEATRIZ.

MART. (Si este incidente
cuentan al Rey, á Teresa
pierdo, Ausias triunfa. Interesa
que, antes que nadie lo cuente,
yo se lo vaya á contar.)
Vóime: el Rey me llama En breve
os probaré, cual se debe,
la farsa de ese juglar.

REBOLL. Eso la razon no explica
de hallaros aquí, y debeis...

TERESA. Vamos con él.

REBOLL. (Con ira.) ¿Vos quereis?...

TERESA. (En voz baja y señalando á Beatriz.)
(Beatriz March os lo suplica.)

REBOLL. (¿Inés!...)

TERESA. (En palacio fin)

dareis á todo recelo
cuando Beatriz se alce el velo
ante el Rey y don Martin.)

(Á Martin.)

Si os calumnia y os infama
Ausias March...

MART. (Yo al soberano
prevendré...)

TERESA. Vuestra es mi mano.

MART. (Sonriendo con aire de triunfo, y ofreciéndole e
brazo.)

Mi brazo...

TERESA. (Toma el de su padre, y dice á Martin, señalando á
Beatriz:)

Dadlo á esa dama.

(Martin mira con desconfianza á Beatriz, que hace
un movimiento de desprecio y resistencia á tomarle
el brazo.)

Advertid que ya tardamos,
y me debeis... obediencia.

(Martin, temblando, da el brazo á Beatriz. Teresa
que les ha observado con ansiedad, dice á Bebolledo,
señalando á aquellos que se dirigen al foro:)

(¿Veis, padre?)

REBOLL. (¿Qué?)

TERESA. ¡Su conciencia

que va á delatarle!

(Á Martin, que ha oído sus últimas palabras y se
vuelve azorado.)

¡Vamos!

MART. (Soltando el brazo de Beatriz.)

¡Yo solo debo partir!

TERESA. (¡Al fin su alma se despierta!)

BEATRIZ. (Colócase en la puerta por donde quiere irse Martin,
y se descubre.)

Salid pues por esta puerta,
si os atreveis á salir.

MART. (Aterrado.)

(¡Beatriz!)

(Ciego de ira á Rebolledo, despues de una pausa:)

¡Á tan ruin concierto
vuestra palabra empeñada

apela? ¡Plaza, ó mi espada!...

(Desnuda la espada y quiere precipitarse á la puerta.)

REBOLL. (Desenvaina y va á ponerse delante.)

¡Un solo paso y sois muerto!

TERESA. (Deteniéndole.)

¡Padre!...

MART. (Contra ella—¡infeliz!—

al Rey prevendré de suerte ..

No ha de verla: antes la muerte,

que vea el Rey á Beatriz.)

Perdonadme el arrebató...

El Rey me llamó; le ofendo

con mi tardanza, y corriendo

debo cumplir su mandato.

REBOLL. Pero...

BEATRIZ. Que se vaya es ley,
que éi emponzoña este espacio.

MART. (Bajo á ella.)

(¡Moris, si vais á palacio!)

BEATRIZ. (Bajo á él.)

(Veré al Rey)

MART. (¡Delirio!)

(Dirígese á la puerta del foro, aparece en ella un capitán y dice, anunciando:)

CAPIT. ¡El Rey!

(Rebollo se dispone á recibir al Rey: Beatriz, que ha hecho un movimiento de alegría, baja los ojos, y Teresa contempla á Martin, que ha querido huir por la puerta de la derecha y se ha parado procurando serenarse. Entran por el foro pajes con luces y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin del palacio de la Aljafería con la vista de Zaragoza en lontananza. Á la izquierda uno de los ángulos del palacio, y en el centro de la fachada saliente una puerta, estilo gótico. En el fondo, centro, el ángulo exterior de dos calles del jardin, divididas por espesos árboles, y que se pierden entre la arboleda de derecha é izquierda, y más hácia la derecha, á lo léjos, se ve atravesar el Ebro, y en él se descubre una luz. Noche.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ y FORTUNY.

- FORT. Desde este sitio se ve
la barca.
- BEATRIZ. No la descubro.
Una luz brilla y se mece
sobre el rio.
- FORT. El farol, justo:
ahí está, y á la otra orilla
los caballos.
- BEATRIZ. ¿Tarda mucho
la barca en atravesar
el Ebro?
- FORT. Pocos minutos:
y una vez salvado el rio

no corre peligro alguno
vuestro hermano. Protegido
por la noche y por ocultos
senderos, libre mañana
pisará, según calculo,
la frontera de Castilla.
Pero, ó yo nada discurro,
ó hemos errado el camino.
¿No es más breve y oportuno,
en vez de pasar el Ebro,
ir derecho?...

BEATRIZ. Si iracundo
el Rey manda perseguirle,
es natural que los suyos
tomen la vía más corta,
no la más larga.

FORT. Barrunto
la intencion, y es como vuestra.

BEATRIZ. Del barquero ¿estás seguro?

FORT. Por vez primera le hablé,
y ví su semblante adusto
esta noche, pero vos
me deciais, no hace mucho,
que su Alteza el mismo Príncipe
de Viana...

BEATRIZ. Cierto: ahí le puso
para llevar á mi hermano
al otro lado... y presumo
que será fiel y discreto
el hombre que inspirar pudo
á don Carlos tal confianza
en tan peligroso asunto.

FORT. ¿Tanto se interesa el Príncipe
por Ausias March?

BEATRIZ. El Rey tuvo
que absolver á Rebolledo
de su empeño; mas convulso
de cólera, al ver hollados
su plan y mandato agosto,
juró hacer un escarmiento
en mi hermano. En tal apuro
á la Reina su madrastra

buscó don Cárlos, y al punto
para esta noche acordaron
la fuga...

FORT. No sé qué auguro...

BEATRIZ. Tú, Fortuny, extrañas ver
á la Reina de consuno
con don Cárlos, á quien odia,
para así contrariar juntos
al Rey, á quien ella ama
y respeta.

FORT. En vano busco
la oculta razon...

BEATRIZ. La Reina
atiza el rencor injusto
que tiene el Rey á don Cárlos,
y mañana, no lo dudo,
hará comprender al Rey
que el Príncipe ha sido el único
libertador de mi hermano.

FORT. ¿Entonces?...

BEATRIZ. Don Cárlos supo
prevenirse para el caso
que esto suceda, y dispuso
que, en lugar de venir él,
Teresa á las doce en punto
venga á romper las prisiones
en que gime el amor suyo.
Así lo que fuera un crimen
en él, en la amante, juzgo
será una falta á que el Rey
habrá de otorgar su indulto.

FORT. ¡Buen amigo vuestro hermano
tiene en su Alteza!

BEATRIZ. En el mundo
Ausias March... tendrá envidiosos,
pero eneinigos... Tiene uno...
uno que mi amor funesto
evocó de los profundos
abismos!...

FORT. Callad, que siento
en esa calle murmullos.

BEATRIZ. Te engañas.—Nadie.—¿Á ver?

(Da unos pasos escuchándose á sí misma.)

¿Oyes?...

Era el vestido... ¡No!... Escucho
voces de hombre... Se dirigen
aquí... Detrás de ese muro...

FORT. Nada, mientras yo respire,
temais.

BEATRIZ. Oigamos ocultos.

(Desaparecen por la izquierda, y entran por la calle
de la derecha D. Martín y Garcés ombozados.)

ESCENA II.

MARTIN y GARCÉS.

MART. Este es del alcázar real
el extremo que se esconde
en sus jardines y en donde
está preso mi rival.

GARC. Alegre cárcel le han dado
entre pájaros y flores.

MART. Por esos alrededores,
¿dices que no has encontrado
persona alguna?

GARC. Es así.

MART. Si logro el fin que tú sabes...
horrizadas las aves
huirán mañana de aquí.
Por esa puerta saldrá,
y, bendiciendo su suerte,
pensará huir de la muerte,
y á dar con la muerte irá.

GARC. (Mirando por una rendija de la puerta.)
¡Señor, acercaos!

MART. ¡Tentè!
¿Ves á alguno?

GARC. Mirad.

MART. (Mirando por la rendija.) ¿Qué?

GARC. Mirad: una luz al pié
de la escalera de enfrente.
Como cerró tan oscura
la noche. ¡Á qué hora, señor,

- se escapará el trovador?
MART. Á las doce.
GARC. Bien.
MART. Procura
recordar lo que te advierto.
GARC. ¿Yo!... ¿Quereis, si eso os convence,
que os lo repita?
MART. Si vence...
GARC. Si os mata dadlo por muerto.
(Señala la calle de la derecha.)
Por ahí se irá por pies
Ausias March. Para ganar
el rio ha de atravesar
el soto del parque... ¡pues!...
Á la entrada le esperais.
Reñis con él.—Yo os escucho
sin ser visto.—Vos sois ducho
en la esgrima, y le matais.
Mas demos que os mate—al cabo
puede ser ¡Dios no lo quiera!—
salto como una pantera
de la espesura y lo acabo.
¡Garcés me llamo!
MART. ¡Bien!
GARC. ¡Mal!
Yo no os dejaré reñir.
Cuando le vea venir
le acometo...
MART. No hagas tal.
GARC. ¿No quereis que muera? ¡Fuego
de Dios en mí!
MART. Si pudiera,
mi vida, Garcés, le diera...
para arrancársela luego.
GARC. Puede mataros, señor.
MART. Tú despues lo acabarás
porque no goce jamás
en mi muerte y de su amor.
Un afañ inquieto, intenso,
irresistible y cruel
me arrastra á reñir con él
de tal manera, que pienso—

- no es vana quimera, no—
que conmigo acabaría
si ese... mi rival moria
y no le matara yo.
- GARC. (Con timidez é intencion.)
Heridle... con precaucion.
- MART. ¡Harto lo he pensado!
- GARC. (Con viveza) ¡Pues!...
- MART. No tengo valor, Garcés,
para matarle á traicion.
- GARC. Nadie, señor, lo sabria.
- MART. Lo sabré yo, y lo sabré
siempre que delante esté
de Teresa, y eso haria
que yo, con él comparado,
viera más interesante
que el asesino su amante,
á la víctima su amado.
- GARC. ¿Aun la amais? ¡Amor funesto!
- MART. Ella me roba la calma;
pero no sé, pese al alma,
si la amo ó la detesto.
- GARC. ¡Mujer maldita!
- MART. (Con ira.) ¡Infeliz!
Nunca de doña Teresa
hables sin respeto.
- GARC. ¿Os pesa
que hable de doña Beatriz?
- MART. ¡Beatriz!
- GARC. Á ella sola puedo
remitir la maldicion.
- MART. No le tuve compasion
y hoy, Garcés, le tengo miedo.
- GARC. Dicen—será por las bellas—
que no hay regalo ni dicha
sin mujeres... ¡No hay desdicha
que no nos regalen ellas!
- MART. ¿Las armas?
- GARC. (Mostrando dos espadas que trae debajo el embozo.)
Véislas aquí.
Dos espadas de acomodo.
- ART. ¿Iguales en todo?

- GARC. En todo.
Yo mismo las escogí.
- MART. ¿No llevan seña que pruebe
que son mias?
- GARC. Por supuesto...
Yo respondo...
- MART. Á nuestro puesto
retirémonos. En breve,
en cuanto las doce den
á Ausias March libertarán,
y se malogra mi plan
si aquí nos oyen ó ven.
- GARC. Á serviros me dedico
en todo, con alma entera.
- MART. Venza yo en el duelo, ó muera...
si muere el preso... eres rico.
(Vánse por la calle de la derecha.)

ESCENA III.

BEATRIZ y FORTUNY.

- FORT. ¡Por la Virgen del Pilar!
- BEATRIZ. ¿Les entendiste?
- FORT. No todo.
¿Por qué no habeis permitido
que me adelantara un poco?
- BEATRIZ. (Apoyándose en su espalda.)
¡Paso!... Contuve el aliento
demasiado...
- FORT. ¡Dios piadoso!
Descansad.
- BEATRIZ. No importa ya.
¡Qué bien hicimos nosotros
en venir! Qué bien oí
lo que han hablado esos monstruos!
- FORT. Esperaré á vuestro hermano
hasta que salga... Respondo
de su vida.—Id á palacio.—
Les buscaremos, y pronto
darémos justo castigo
á su proyecto alevoso.

BEATRIZ. Tiempo queda, y es preciso (Reflexionando.)
proceder con mucho aplomo...

FORT. ¿Tiempo? Van á dar las doce.

BEATRIZ. Pero...

FORT. ¿Sabeis que me asombro
de vuestra calma, Beatriz?
Mas... en vuestros labios noto...
¿Sangre?

BEATRIZ. (Enjugándose los labios con un pañuelo.)
Sangre... de impaciencia
cuando ahí, puesta en un potro,
escuchaba á esos menguados.
¡Mi calma!

FORT. Perdonad.

BEATRIZ. Corro
á ver al Príncipe, y vuelvo.
Me postraré, si es forzoso,
á los pies del Rey, Teresa
en venir tardará poco.
Cuéntale esa trama horrible,
y no abrais de ningun modo
la prision... la puerta... esta,
hasta hallarme con vosotros.

FORT. (Señala la calle de la izquierda á Beatriz, que se para
un momento.)

Por allí.—¿Qué tardais?

BEATRIZ. Este
es el camino más corto.

(Quiere irse por detras del edificio izquierda, se de-
tiene y dice:)

Ni un momento de este sitio
te apartes. Teresa. pronto
vendrá aquí, por esa calle

(La arboleda de la derecha primer término.)
de arrayanes. ¿Oyes?

FORT. Oigo.

BEATRIZ. Si no te encuentra, Fortuny,
salva á Ausias, y en el soto
le asesinan.

FORT. Descuidad. (Váse Beatriz.)

ESCENA IV.

FORTUNY.

¡Cuántas penas y trastornos
habrá sufrido!—Al fin logra
su objeto, y el matrimonio
proyectado entre Teresa
y don Martín queda roto.
Milagro ha sido hasta ahora
poder guardar el incógnito
para Ausias. —Mas don Martín
¿por dónde ha encontrado modo
de saber?... Este incidente
viene á desbaratar todos
nuestros planes. Si pudiera
ceder á mi impulso propio,
libraba á Ausias March, los dos
correríamos al soto,
y á cuchilladas en él
les caváramos al hoyo.
Me temo que el rey don Juan
sepa ya nuestro propósito.
Mas Teresa tarda mucho.
Tal vez ha encontrado estorbo
para salir de su casa...
¡Imposible! Cauteloso
el Príncipe ocupa ahora
á Rebolledo.

(Se vuelve y vé á Peralta y algunos guardias que
silenciosamente han ido ocupando el foro, viniendo
por la calle izquierda.)

ESCENA V.

FORTUNY.—PERALTA y GUARDIAS.

PER.

Los otros

allí! (Unos guardias ocupan la calle de la derecha.)

¿Quién es?

FORT.

¿Quién pregunta?

- PER. Quien puede.
FORT. (¿Qué haré?)
PER. Supongo
que ibais á abrir...
FORT. (Atajándole.) ¿La prision?...
Se engaña.
PER. Iba á abrirla.
FORT. ¿Cómo! . .
PER. (Empujando la puerta de la izquierda.)
Cerrada.—Dadnos la llave...
FORT. ¿Qué llave?
PER. ¡Necios asombros!
¿No queréis? ¡Bueno! ¡Eh! no hay
para que volver los ojos
á ningun lado. Estais preso.
FORT. ¿Preso?
PER. Venid con nosotros.
FORT. ¡Primero me arracareis (Mete mano.)
el corazon! No abandono
este sitio.
PER. ¡Dése al Rey!...
(En voz baja, acercándose á él.)
y envaine el acero pronto
ó es perdido.
FORT. (Envaina y le dice bajo.)
Rebolledo
¿está en palacio?
PER. Respondo
de que le hablaréis.
FORT. (Disponiéndose á partir.) ¿Si?
PER. Vamos.
FORT. ¡Oh! jamás!
PER. ¡Empeño loco!
FORT. (Si en tanto viene Teresa
y aquí no me vé, forzoso
será que libre á Ausias March,
y le asesinan.)
PER. No hay otro
medio: prendedle, tapadle
la boca.
FORT. ¿Pues qué!.. ¡Alevosos!...
(Los guardias le tapan la boca y se lo llevan por la

izquierda, seguidos de Peralta. Luego que desaparecen salen por la derecha primer término Teresa y Violante.)

ESCENA VI.

TERESA y VIOLANTE.

- TERESA. Cuando venia creí
que aquí mi afan calmara,
y más que cuando venia
me siento agitada aquí.
- VIOL. No hemos de abrir hasta dar
las doce.
- TERESA. Esta llave...
(Saca una y se le cae al suelo un collar que Violante recoge.)
- VIOL. Espera...
Mira: de la limosnera
se te cayó este collar.
Es el regalo de bodas
que te hizo padre.
- TERESA. ¿Han dejado
una luz, como ha encargado
Beatriz?
(Con alegría, mirando por el ojo de la llave.)
¡Oh! sí.
- VIOL. Es entre todas
las alhajas la mejor...
Que vas á perderla infiero ..
- TERESA. (Sin tomar el collar que le ofrece Beatriz y probando de abrir.)
Se la ofrecí al carcelero
de mi amante trovador.
Y... ¿sabes?... No la ha querido.
- VIOL. ¿Ofrecérsela has osado?
- TERESA. (Abre, se estremece de gozo, y dice:)
¡La vida le hubiera dado,
si me la hubiese pedido!
Há poco se le murió
una hija. Al ver el collar
el pobre rompió á llorar,

dióme la llave, y partió.

(Vé en la arboleda su sombra y la de Violante proyectadas por la luz del cuarto, y exclama con espanto.)

¡Ah! (Cierra la puerta.)

¡Esta luz!

VIOL. ¿Por qué demuestras tal pavor? ¿De qué te asombras?

TERESA. Moverse he visto unas sombras, y eran...

VIOL. ¿Las nuestras?

TERESA. Las nuestras.

Esa luz las proyectó allá en la arboleda espesa.

VIOL. ¿Sabe que eres tú, Teresa, quien viene á librarle?

TERESA. Nó.

Que lo dijeran prohibí.

Si él lo supiera, estaría temblando—¡pobre alma mía!—

no por él... solo por mí!

¿Lo apruebas? Con ansia cruel

yo tambien me desespero

por salvarle, y tiemblo; pero

no por mí... ¡solo por él!

(Dan las doce en un reloj lejano, y Teresa exclama, mirando al cielo.)

¡Vamos, ángel de mi guarda!

VIOL. Atiende.

TERESA. ¿Que atienda pides?

Entrémonos, y no olvides

que es Ausias March quien aguarda.

(Desaparecen por la puerta izquierda y vuelven con Ausias March)

ESCENA VII.

AUSIAS MARCH, TERESA y VIOLANTE.

VIOL. No puede verse la orilla del Ebro; mas brillará un farol. Vedlo, allí está.

Allí espera la barquilla
que os llevará al lado opuesto
del rio, donde hallaréis
caballos con que podréis
entrar en Castilla presto.

En guerra Aragon está
con Castilla, y si os reclama,
por su guerra y vuestra fama
Castilla os defenderá.

Que quien tanto vale y brilla
como Ausias March en el mundo,
honraré á don Juan segundo
cuando le ampare en Castilla.

(Señala la calle de la derecha.)

Id por allí: el soto oscuro
del parque atravesaréis,
y con el rio daréis.

AUSIAS. (Sombrío, sin alzar los ojos del suelo.)

Si me quedo ¿qué aventuro?

VIOL.

La vida. El airado afán
del Rey contra vos se advierte;
y es mensajera de muerte
la ira del Rey don Juan.

AUSIAS.

¡Morir!... La esperanza yerta
á la muerte causa espanto.

Desde anoche mi quebranto
la llama tras de esa puerta.

(Disponiéndose á entrar en la prision.)

Si solo arriesgo...

TERESA.

¡Mi vida!

AUSIAS.

(Volviéndose para irse por la derecha.)

¡Adios!

TERESA.

Para defenderos
del que quiera deteneros,
tomad.

AUSIAS.

(Con amargura, tomando el puñal que Teresa le
ofrece.)

Nadie habrá que impida
mi fuga.

TERESA.

¿Por qué razon?

AUSIAS.

Me alejo de vos.

TERESA.

(Aterrada, clavando los ojos en él.)

Escucha...

Si alguien te acomete lucha,
hiérole sin compasion...
¡mátale!... Si es que pretendes
dar tu vida sin defensa,
oye... defiéndela... y piensa...
¡que es la mia que defiendes!...
Yo bien debiera acallar
mi pasion, y de ello trato...
pero...

(Sollozando á Violante.)

¿No ves que este ingrato
quiere dejarse matar?

VIOL. ¡Teresa!

TERESA. Y luego este amor
que al labio roba la calma,
este amor me enciende el alma...
y no me enciende el rubor.

AUSIAS. (Estremeciéndose al oír la palabra rubor.)
¡Oh! callad.

TERESA. (Después de una pausa.) ¡Mandato atroz!
Para mi anhelo profundo
no hay armonía en el mundo
como la de vuestra voz.
Ebria de gozo he llegado,
y...

(Á Violante.)

Vamos.

VIOL. ¡Oh! no será
sin que antes...

TERESA. ¡No me ama ya!

AUSIAS. ¿De mi amor habeis dudado?

TERESA. ¡Y vivo aun!

AUSIAS. ¿Vos dudar
porque airado me mantengo?...
¿Os olvidais de que tengo
una afrenta que vengar?
La furia de mis enojos
¿cómo es posible que venza
yo que al alma... de vergüenza...
la cierro el paso á los ojos?
¡Su voz!... ¡Qué injusto reproche

pensar que á cansarme acierta!
Para escucharla, despierta
estremecida la noche;
y radiantes de contento,
para cuando de amor traían,
á la noche la arrebatan
las luces del firmamento.

Mas ¡ay! que esa voz bendita
cuanto más tierna resuena,
hierve más, más se envenena
esta memoria maldita.
Pensad la lucha sin calma,
el martirio en que he de hallarme
yo que debo .. despreciarme...
¡con tanto amor en el alma!
¡Imposible! De Aragon
no saldrá Ausias March, lo jura,
sin verter la sangre impura
de ese malvado... ¡Ah! perdon!...
Si quereis que parta ahora...

VIOL. ¡Oh! sí.

TERESA. Lo debo querer.

AUSIAS. ¡Es tan grato obedecer
al dulce bien que se adora!
Pero ved que mientras yo
prófugo muera... en Castilla,
mi rival que mi honra humilla
podrá veros... y Ausias nó.

TERESA. Partid: mi amor vuestro labio
no ofenda; y por más que os cueste,
á la justicia celeste
abandonad vuestro agravio.
Vóime en un claustro á encerrar.
Noticias de mí tendréis
sin tregua, hasta que torneis...
para llevarme al altar.

AUSIAS. ¡Adios!... ¡Ah!...

(Teresa ocultando el rostro en los brazos de Violante
tendiendo la mano en señal de despedida, Ausias corre á
besársela y huye por la derecha.)

ESCENA VIII.

TERESA y VIOLANTE.

- TERESA. ¡El alma se vá
con él!
- VIOL. (Poniéndosele delante para distraerla de mirar el sitio por donde se ha ido Ausias.)
Ven, hermana.
- TERESA. (Con entereza, comprendiendo la intencion de Violante.)
Guia.
(Da unos pasos, mira la calle de la derecha, y exclama con violencia:)
¡Honra mia...
(Rompiendo á llorar y mirando al cielo.)
¡Madre mia...
¿Estais satisfechas ya?
- VIOL. ¡Ah! siento pasos... ¿Qué harémos?...
Se acercan... ¡Suerte enemiga!...
- TERESA. (Queriendo llevarse á la calle de la derecha á Violante, que intenta irse por detrás del palacio.)
Las dos al que le persiga
el paso interceptarémos.
- VIOL. Mira el peligro...
- TERESA. No le hallo.
- VIOL. Arriesgas la vida tuya
- TERESA. Ausias March ¿pensó en la suya
cuando paró mi caballo?
- VIOL. ¡Huyamos, por compasion!
- TERESA. No me abandones.
- VIOL. Advierte...
- TERESA. Si le alcanzan le dan muerte.
- VIOL. Pero...
- TERESA. (Soltándole la mano y colocándose en la calle de la derecha.)
¡Huye!
(Violante la sigue, y viene por la izquierda Rebolledo embozado.)

ESCENA IX.

TERESA, VIOLANTE y REBOLLEDO, que luego desaparece.

REBOLL. (Vá á la puerta y exclama:)

¡Maldicion!...
¡Abierta! ¡Instante cruel!
Si es cierto lo que ha contado
doña Beatriz, y han librado
á Ausias March... ¡Mísero de él!...
Le asesina ese traidor...
Aun le puedo yo salvar.
Vamos antes á mirar
si aun está preso.

(Entra en el cuarto, y se adelantan Teresa y Violante, que hablan bajo.)

TERESA. ¡Valor!
¿Quién será? ¿Entendiste?

Nada.

VIOL.

TERESA. (Con ira.)

Tampoco yo le entendi.

VIOL.

Ni siquiera me atreví
á dirigir la mirada
hácia este punto. Imagino
que al Rey habrán enterado
de nuestro plan, y ha mandado
á impedir la fuga.

TERESA.

Opino
como tú.

VIOL.

Quizá el Rey sea
ese hombre.

TERESA.

¡Delirio, sueño!...
Mas perseguirá á mi dueño
cuando baje, y... ¡Ah! qué idea!...
Cerremos.

VIOL.

¿Vas á encerrarle?
Y la llave quito. ¿Ves?

TERESA.

(Ha cerrado la puerta y ha quitado la llave, que enseña á Violante.)

Ya le abriremos despues.,
cuando no pueda alcanzarle.

¿Ausias ha llegado al rio?
Aun está el farol clavado
en el Ebro. No ha llegado...
¡Corre, vuela, ídolo mio!

VIOL. (Aplicando el oído á la puerta.)
Este hombre ya baja.

TERESA. Es ley
que espere hasta que mi amante
trasponga el Ebro, Violante.

VIOL. ¿Si es el Rey!

TERESA. ¡Que espere el Rey!

VIOL. Tal vez auxiliarnos pueda
ese hombre.

TERESA. El pecho presiente...
¡No! Y porque abrirle no intente,
arrojaré á la arboleda
esta llave.

(Hace el movimiento de ir á arrojar la llave y se detiene.)

REBOLL. (Dentro, golpeando la puerta.)
¡Infame ardid!

TERESA. (Reconociendo la voz de su padre.)
Mis oídos se alucinan.

REBOLL. (Dentro, con voz de trueno, empujando la puerta.)
¡Abran!

TERESA. ¡Padre!

REBOLL. ¡Que asesinan
á Ausias March!

TERESA y VIOL. (Aterradas.) ¡Jesus!

REBOLL. ¡Abrid!

TERESA. (Pidiendo á Violante la llave que ella misma estrecha convulsivamente en su mano.)
¡La llave, la llave!

VIOL. ¡Oh! Dios!...
(Mirándole la mano.)
Tú la tienes.

TERESA. (Corriendo á abrir.) ¡Insensata!

REBOLL. (Golpeando la puerta.)
¡Pronto! ¡Vuestro celo mata
á Ausias March!

(Saliendo.) ¡Aquí las dos!...

ESCENA X.

TERESA, VIOLANTE.—REBOLLEDO.

TERESA. Decid... por mi madre amada...
que nos habeis engañado.

REBOLL. Don Martin le ha preparado
en el soto una emboscada
y muere á su mano.

VIOL. ¡Impio!

REBOLL. La impunidad se prometen...

(Á Teresa, que quiere irse por la derecha.)

¡Quieta!—Si el crimen cometen...

¡Canas mias!...

(Saca la espada y dice con desvarío:)

¡Hierro mio,

que la misma edad contais,

de mi vida honradas huellas...

maldicion en tí... y en ellas...

si en su sangre no os bañais!

(Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

TERESA y VIOLANTE.

VIOL. ¡Con que violencia me late
el corazon! ¡Oh! ¡qué horrible
fuera!...

(Queda en actitud de orar.)

TERESA. ¡Dí que no es posible

que ese malvado le mate!

Mi padre le salvará.

Sabe cuanto le amo y fio

en él... ¡Pobre padre mio

si le encuentra muerto ya!

Tú rezas: reza... Yo aquí

ni rezar siquiera puedo.

Voy á observar...

(Da un paso hácia el foro, retrocede, se arrodilla al
lado de Violante y la dice, echándose en sus brazos.)

¡Tengo miedo
de separarme de tí!
Yo le abrí esa puerta, yo,
su tumba... Y él no quería
huir... ¡Ay! con qué alegría
el amor mío la abrió!
Huyó, cediendo á mi ruego...
Si le hubiese acompañado,
quizás... ¡Le hubiera salvado!
Mas debí quedarme... Y luego,
si ha muerto, como recelo,
de mi amor que era su gloria
se lleva así la memoria
más casta, más pura al cielo.

(Óyense murmullos de personas que se aproximan por la calle de la izquierda, alumbradas por antorchas.)

VIOL. ¡Voces, luces!...

TERESA. (Sin volver la cabeza.)

¿Vienen?...

VIOL.

Sí.

TERESA. ¿Por dónde?...

VIOL.

Se me figura
que de palacio. Procura
enjuagar el llanto. Aquí
los mandará el rey don Juan.
Cúbrete.

TERESA.

¿Para qué?

VIOL.

Vamos...

TERESA. ¿Temes? Verán que lloramos,
y pasarán... pasarán.

(Se retiran á la izquierda hácia el proscenio, y llegan por el foro izquierda Peralta, pajes y criados con antorchas.)

ESCENA XII.

DICHAS.—PERALTA, pajes y criados.

PER.

(Hace una seña á los demas para que se detengan en la embocadura de la calle, toma una antorcha, entra precipitadamente en el cuarto, y sale luego di-

ciendo:)

Tarde acudimos.—¿Quién es?...

(Reconoce á Teresa y Violante, detiene con un ademán á los suyos que se acercan con las antorchas, y les dice:)

Ya socorrerle será imposible. El Rey sabrá que lo procuramos.

(Se dirige seguido de los demás á la calle de la derecha.)

TERESA. (Á Violante en voz baja, asiéndola de un brazo y señalando con la otra mano á los que se van.)

¿Ves?...

(Con azoramiento, mirando á todos lados, después de una pausa en que han desaparecido Peralta y los suyos.)

¡Qué soledad!

VIOL. Un instante
cálmate.

TERESA. Estoy sola... Ha muerto...
¡Este mundo es un desierto
y quiero morir, Violante!

VIOL. (Arrastrándola por un brazo hácia la izquierda.)
Vamos, aunque no te cuadre,
á palacio.

(Óyese ruido lejano hácia la derecha, y Violante exclama con espanto, abrazando á Teresa:)

¡Cielos!

TERESA. (Irguiéndose.) ¡Quedo!

REBOLL. ¡Á mí! (Dentro.)

PER. (Dentro, mas cerca.)

¿Quién!

REBOLL. ¡Á Rebolledo,
aquí!

TERESA. ¡Le ha salvado! ¡Padre! (Gritando.)
(Llegan por la derecha Robolledo y Ausias espada en mano: luego Peralta, Beamonte, pajes y guardias. Teresa y Violante han corrido á abrazar á Rebolledo.)

ESCENA ÚLTIMA.

TERESA, VIOLANTE, AUSIAS, REBOLLEDO, PERALTA, BEAMONTE, pajes, criados y guardias. Ausias en primer término derecha, y en el segundo Beamonte: Rebollado en el centro con Teresa y Violante, y Peralta á la izquierda primer término. En el foro los demas.

TERESA. ¿Os hirieron?...

VIOL. Hablad.

REBOLL. Nó:

calmaos.

TERESA. ¡Padre querido!

VIOL. ¿Vos?

AUSIAS. Tampoco.

TERESA. (¡No está herido!)

REBOLL. ¿Dónde Garcés se quedó?

BEAM. Muerto en el rio.

TERESA. ¡Infeliz!

Ved si puede esa barquilla salvarle.

REBOLL. (Bajo á ella.) (Á la opuesta orilla conduce á doña Beatriz.

Es muerta para su hermano: de Tortosa al claustro vuelve.)

TERESA. (¡Cielo!)

REBOLL. (Esto Beatriz resuelve, y lo apoya el soberano)

VIOL. Pero á vos ¿quién os salvó?

AUSIAS. Apenas libre me ví del de Navarra, tras mí un grito de horror se oyó. Garcés á matarme vino; mas yo, del grito avisado, paré el brazo levantado del miserable asesino.

TERESA. ¿Y os salvó del riesgo impío?...

AUSIAS. El grito .. de una mujer que ví desaparecer como una sombra hacía el rio

- TERESA. (Con fuego, á su padre.)
(¡Vamos á Tortosa!)
- AUSIAS. (Á Peralta; mostrándole la espada ensangrentada.)
Yerto
dejo á don Martin.
- TERESA. (Horrorizada.) ¡Gran Dios!
(Ausias, que la ha observado, arroja la espada entre
la arboleda.)
- PER. Si le habeis matado vos...
el Rey le dá por bien muerto.
- AUSIAS. Ni al mismo Rey mi señor...
aunque á mis piés lo pidiera,
mi derecho le cediera
de vengarme por mi honor.
- PER. Id desterrado.
- AUSIAS. Cumplida
al punto será esa ley;
y eso, Peralta, que el Rey
me destierra... de la vida.
(Tendiendo con timidez la mano á Rebolledo.)
Aunque por hijo no os cuadre,
sed mi amigo, don Rodrigo.
- REBOLL. No quiero ser vuestro amigo,
que quiero ser... ¡vuestro padre!
(Le da la mano de Teresa, y los abraza y ellos se
echan á sus pies.)
¡Alzad!
- VIOL. (Á Rebolledo.) ¡Eternos loores
el mundo os prepara ya!
(Á Teresa que la abraza.)
¡Qué cantos de amor hará
cuando trove tus amores!
- REBOLL. Id á Castilla.
- TERESA. Y allí
trovad nuestro amor sin calma.
- AUSIAS. (Radiante de gozo.)
¡El himno que hoy canta el alma
no puede salir de aquí! (El pecho.)
Rey me hiciera mi ventura
en el arte de trovar,
si acertara yo á cantar
vuestra divina hermosura.

Mas, ya niegue al trovador
Dios que encantos os prodiga,
acento que al mundo diga
vuestras prendas y mi amor;
ya otorgue á mi anhelo fiel
el estro que el Dante abarca,
la ternura de Petrarca,
la fé de Arnaldo Daniel;
raudal de inmensa poesía,
del alma en el fondo presa,
vos siempre tendréis, Teresa,
un himno en el alma mia.

FIN DEL DRAMA.

*Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 7 de Enero de 1865.*

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

LA ESPADA Y EL LAUD

(Acto 2.º)

Música del maestro D. Luis Céspedes

(Arpa.)

And.^{no}
Voz

Arpa
And.^{no}

The first system of the musical score consists of four staves. The top two staves are for the voice, and the bottom two are for the arpa. The key signature has two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is 3/4. The arpa part begins with a series of sixteenth-note chords, marked with a hairpin crescendo and the word "forte".

1.º Estrofa

The second system continues the musical score. It features a section marked "2.º Estrofa" with a double bar line and a repeat sign. The arpa part continues with rhythmic accompaniment. The vocal line has some rests in this section.

mas

The third system contains the first line of lyrics. The vocal line is written on a single staff with a treble clef. The arpa accompaniment is on two staves below. The lyrics are: "ah... si he de ver... si he de ver... to... co... de ay! si es tu an he lo si es tu an he lo que la muer teim-

The fourth system contains the second line of lyrics. The vocal line continues with the lyrics: "ce... los que me arre ba ten sua... mor me arre ba ten sua pi... a no me cau sa hor... ror no me cau sa hor". The arpa accompaniment continues with chords and some melodic lines.

Poco Più mosso

mor ma... tad me pia do sos cie los por fa vor por fa
ror á la jar á la faz del cie lo ju ra me al ma
ny

vor si he de ver lo co de ce los que me arre ba tan sua mor ma...
mi a no ol vi dar mi a mor no ol vi dar mi a mor

tad me pia do sos cie los ma tad me por fa vor por fa vor por fa...
ju ra me al ma mi a no ol vi dar no no mi a mor no ol vi dar mi a...
P
P

vor
mor

Siguen versos
y DC al S.
2.^a Estrofa.

a y María.
id en 1818.
idá vista de pájaro.
sobre hojuelas.
res de Polonia.
la!! ó la Emparedada.

o y Blanco.
uno se entiende, ó un hom-
timido.
eza contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

pla.
osito de enmienda.
ar á rio revuelto.
ella y por él.
heridas las de honor, ó el
agravio del Cid.
a puerta del jardín.
roso caballero es D. Dinero.
dos veniales.
io y castigo, ó la conquis-
de Ronda.

convido al Coronell.
n mucho abarca.
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvo el honor.
Santo y peana.
San Isidoro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sohresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconteso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un hiesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos*
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitancia.
Una llave y un sombrero
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lagrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicidal!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

élica y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.

eyina la Gitana.
ido y Marte.
ro y Flora.

lisenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
dor.

bachiller.
doctrino.
ensayo de una ópera.
calesero y la maja.
perro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
leon en la ratonera.
último mono.
redos de carnaval.
delirio (drama lirico.)
Postillon de la Rioja (*Música*)
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanás. (*Música*).
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Ilumeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Yal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Ávila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lózano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.